

El amorío en defensa de las mujeres



Edición crítica y traducción de
Manuel A. Broullón-Lozano

Colección

MenForWomen. Voces Masculinas en la Querrela de las Mujeres

Vicente González Martín

Mercedes Arriaga Flórez

Daniele Cerrato

Directores

Comité Científico

Patrizia Caraffi, Universidad de Bolonia

Javier Gutiérrez Carou, Universidad de Santiago de Compostela

Irena Proscenc, Universidad de Lubiana

Mirella Marotta, Universidad Complutense de Madrid

Barbara Meazzi, Universidad de Côte Azur, Francia

Alessandro Ferraro, Universidad de Génova

Marcelo Pereira Lima, Universidad Federal de San Salvador de Bahía, Brasil

Gladys Lizabe, Universidad Nacional de Cuyo, Argentina

Ana María Díaz Marcos, Universidad de Connecticut, USA

Rodrigo Browne, Universidad Austral de Valdivia, Chile

Monica Farnetti, Universidad de Sassari

Matteo Re, Universidad Rey Juan Carlos de Madrid

Roberto Trovato, Universidad de Génova

Ellen Patat, Universidad de Estambul, Turquía

Julia Benavent, Universidad de Valencia

Daniela de Liso, Universidad Federico II de Nápoles

Matteo Lefevre, Universidad de Universidad de Roma "Tor Vergata"

Raquel Gutiérrez Sebastián, Universidad de Cantabria

Manuel A. Broullón-Lozano (ed.)

**EL AMORÍO EN
DEFENSA DE LAS
MUJERES**

**L'ASSONTO
AMOROSO IN DIFESA
DELLE DONNE**
Cesare Barbabianca

Dykinson, S.L.

2024

El amorío en defensa de las mujeres
L'assonto amoroso in difesa delle donne
Cesare Barbabianca
Manuel A. Broullón-Lozano (Ed.)

Esta publicación ha sido financiada con el proyecto I+D del MINECO
“Menforwomen. Voces masculinas en la Querrela de las Mujeres”.

Proyecto PID2019-104004GB-I00 de investigación financiado por:



Todos los derechos reservados. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse ni transmitirse sin permiso escrito de Editorial Dykinson S.L.
El presente volumen cuenta con el VB del Comité Científico de la Colección y ha sido sometido a evaluación por pares doble ciego.

© De la introducción, edición crítica, traducción y notas: Manuel A.
Broullón-Lozano

© Del texto: Cesare Barbabianca

© De la presente edición: Dykinson S.L.

© Diseño portada: Belén Abad de los Santos
1º edición: 2024

Editorial Dykinson S. L.
Meléndez Valdés, 61 – 28015 Madrid, España
Internet: <https://www.dykinson.com/>
E-mail: info@dykinson.com

ISBN: 978-84-1170-971-2

EL AMORÍO EN DEFENSA DE LAS
MUJERES

L'ASSONTO AMOROSO IN DIFESA DELLE
DONNE

Cesare BARBABIANCA

EDICIÓN CRÍTICA BILINGÜE, TRADUCCIÓN Y NOTAS

MANUEL A. BROULLÓN-LOZANO

SOBRE EL AUTOR

Manuel A. Broullón-Lozano es, actualmente, personal docente e investigador en la sección departamental de Literaturas Hispánicas y Bibliografía en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid. Forma parte del Grupo de investigación UCM «Estudios de literatura, escritura creativa, transducción cultural y medios» y colabora con el Grupo de investigación en Teoría y Tecnología de la Comunicación de la Universidad de Sevilla. Es I.P. del proyecto de I+D+i «TRANSLITTERAE: Archivo Carmen Conde» (PR27/21-007) y del proyecto de innovación UCM63 «Laboratorio Transmedia». Ha realizado estancias internacionales en las universidades de Siena (Italia), Bolonia (Italia), Exeter (Reino Unido), La Plata (Argentina), Nacional de las Artes (Argentina) y Buenos Aires (Argentina).

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN CRÍTICA

*L'ASSONTO AMOROSO IN DIFESA DELLE DONNE: LA POLÉMICA
DEL VÉNETO Y EL DISCURSO DE CESARE BARBABIANCA* 7

1. Notas biográficas sobre Cesare Barbabianca y la
Accademia Palladia de Capodistria 8
2. Datos documentales acerca de la obra 10
4. Criterios de la edición 12
5. Referencias bibliográficas 12

OBRA

EL AMORÍO EN DEFENSA DE LAS MUJERES 15

L'ASSONTO AMOROSO IN DIFESA DELLE DONNE 39

*L'ASSONTO AMOROSO IN DIFESA DELLE
DONNE: LA POLÉMICA DEL VÉNETO Y EL
DISCURSO DE CESARE BARBABIANCA*

Manuel A. BROULLÓN-LOZANO
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

L'assonto amoroso in difesa delle donne es un discurso académico que forma parte, en particular, de la llamada “Polémica del Véneto” del *Cinquecento* italiano, y, en general, de la *Querelle des femmes*, desarrollada a lo largo y ancho de toda Europa durante la Edad Moderna. Se trata, pues, de un texto de ideas, aunque atravesado por lo literario, sea por su estructura y estilo eminentemente retóricos, sea por la gran cantidad de referencias culturales que contiene.

Dicha querella, en el norte de la Península Itálica, consistió en una discusión sobre la esencia y las concepciones sociales de las mujeres, en respuesta al *Discorso della virtù femminile e donnesca* de Torquato Tasso (1584). De la gran cantidad de impresos hoy conservados, se podrían establecer dos grupos. Por un lado, los discursos misóginos, como por ejemplo, la *Vera narratione delle operationi delle donne* de Onofrio Filarco (1586) o el *Discorso intorno alla maggioranza dell'huomo e della donna* (1589) de Cipriano Giambelli, por mencionar tan solo algunos. Del otro lado, aparecen las tendencias filóginas en títulos como la *Difesa delle donne* de Prodicone Filarete (1588) o la *Vera difesa alla narratione delle operationi delle donne* (1588) de Giacomo Guidoccio, entre otras muchas obras de oratoria impresas en folletos más o menos efímeros, o incluso en libros.

Estamos, pues, ante unos textos que suponen un ejercicio de demostración de elocuencia retórica e intelectual, cuyo fin es el de polemizar con otros autores haciendo uso del amplio conocimiento humanístico y del razonamiento filosófico, apoyados temáticamente en la iconografía caballeresca contemporánea del galán que rescata y protege a las damas nobles. En particular, la demostración de elocuencia de la que

hace gala Cesare Barbabianca en su *Assonto amoroso in difesa delle Donne* consiste en batirse, figuradamente, en duelo, a través de la pluma, antes que con la espada, con las armas de la oratoria y de la razón. Aunque se trata, claro está, de una razón eminentemente androcéntrica y apoyada en los tótems de mitificación de las mujeres virtuosas de sus contemporáneos, bajo el signo de la dama mitificada por el *dolce stil nuovo*. Así, el modelo de mujer que Barbabianca corona es el de la musa, el de la bella o el del personaje prominente en las artes, en las letras o en la política, fuentes todas de inspiración y de virtud.

1. NOTA BIOGRÁFICA SOBRE CESARE BARBABIANCA Y LA ACCADEMIA PALLADIA DE CAPODISTRIA

Cesare Barbabianca nació en Capodistria, hoy día, Koper, en eslovaco. Desde el año 1279, dicha ciudad formaba parte de la República de Venecia. El interés político de los venecianos en este enclave era geoestratégico, por su posición prominente en el Mar Adriático, y como capital de la región de Istria. De ahí el origen del nombre “Caput Histriae”, esto es, capital de Istria. Desde el siglo XV, la familia Barbabianca gozaba de una alta posición en la ciudad y en la región. Los Barbabianca eran terratenientes, además de propietarios de bienes y comercios en los alrededores de la capital: Albona, San Vincenti, Due Castelli, Rovigno, Valle e Dignano... También participaron activamente en la política local y regional. Este fue el caso de Andrea Barbabianca, miembro del Consejo de la ciudad desde el año 1550, o de Matteo Barbabianca, quien alcanzó la dignidad episcopal en la vecina ciudad de Pola desde el año 1576 hasta 1582. Entre sus descendientes también se pueden localizar a importantes caballeros, damas, obispos e incluso un *podestà* en Docastelli, llamado, precisamente, Cesare Barbabianca, descendiente por tanto de nuestro autor. Se puede afirmar, sin lugar a dudas, que los siglos XVI y XVII fueron los momentos de mayor lucimiento del linaje.

Los monumentos arquitectónicos, escultóricos y funerarios de Koper demuestran la pujanza del clan familiar. Y es que los Barbabianca contaron con una heráldica propia que aparece en

distintos lugares de la región istriana. El emblema está formado por un águila negra, con una corona sobre su cabeza, y un escalón dorado en forma de V a sus pies, sobre un fondo de colores azul y verde.

El autor del *Assonto amoroso in difesa delle Donne* vivió por tanto en un ambiente político, económico e intelectual privilegiado. En su epitafio, esculpido en una de las lápidas de la iglesia de San Francisco, en Koper, se puede leer: “CESARI BARBABIANCA JURISCONS. QUI A PRIMA AETATE INGENIUM”. Así pues, dos son los rasgos que definen su carácter: su profesión como jurisconsulto –fue, de hecho, doctor en leyes– y su ingenio temprano, que pudo demostrar como miembro de la Accademia Palladia de Capodistria, de la que formó parte en su juventud.

En su faceta jurídica y política, los documentos de la época dan cuenta de su alta posición en el tejido social tanto de su ciudad como de la República de Venecia. En 1592, Cesare Barbabianca dio a la imprenta su *Oratione nella partita dell'illustrissimo signor Luigi Soranzo dal gouerno di Capodistria*. Se trata de un discurso de despedida del gobernador delegado veneciano, Luigi Soranzo, cuando fue relevado de su cargo. El discurso es de carácter elogioso, en donde el autor señala las virtudes del político y lo compara con los referentes de la tradición. Las buenas relaciones con Venecia, y la unidad política del territorio, explican, pues, que *L'assonto amoroso* se imprimiera y difundiera en Treviso, cerca de Venecia, y a 170 kilómetros de Capodistria, pero en contacto con las ideas y con las polémicas seculares en el mercado de los documentos impresos y en el diálogo entre Academias.

Además de su obra política, encontramos otras escrituras directamente vinculadas con su propia tierra de origen, es decir, de tipo cronístico. Dichas obras tuvieron eco en otras épocas, como pone de manifiesto el hecho de que historiadores posteriores, como Gianfilippo Squinziani cite en el siglo XIX las crónicas de Barbabianca. En concreto, Squinazi hace referencia a la gruta de San Romoaldo, cerca del lago Leme, aludiendo las descripciones de las estalactitas y estalagmitas y otros lugares de la región tal como los documentó Barbabianca varios siglos atrás. Además, Squinazi polemiza con otros historiadores, y lamenta

que en los tratados enciclopédicos contemporáneos sobre los istrianos ilustres, como el firmado por Stancovich, tan solo se mencione al obispo Matteo Barbabianca de Pola y se olvide al notable orador y cronista Cesare.

En torno a la relación de Matteo con Cesare, cabe destacar que Stancovich los relaciona como hermanos carnales. Así las cosas, Cesare Barbabianca debió nacer durante la primera mitad del siglo XV, por cercanía con los años de obispado de Matteo. De este modo, por la fecha, en que se publicaron la *Oratione* (1592) y *L'assonto amoroso* (1593), imaginamos a nuestro autor como un intelectual maduro, de avanzada edad y afianzada posición.

La Accademia Palladia de Capodistria, también llamada segunda academia de Capodistria, se constituyó en 1587. La integraron los jóvenes caballeros Antonio Bruni (cerca de los 30 años), Marc'Antonio Valdera, Ottonello del Bello, Santorio (25 años), Vida (23 años) y Cesare Barbabianca (17 años). El más joven de los académicos, por tanto, Cesare Barbabianca, debió nacer en 1570, de manera que escribió y publicó la *Oratione* a los 22 años y *L'assonto amoroso* a los 23. Ello se corresponde, además, con el “temprano ingenio” del que, como se ha visto, habla el epitafio de la iglesia de San Francisco de Koper. En consecuencia, Matteo y Cesare no pudieron ser hermanos, sino, probablemente, tío y sobrino.

2. DATOS DOCUMENTALES ACERCA DE LA OBRA

El catálogo *EDIT 16. Censimento nazionale delle edizioni italiane del XVI secolo* del Ministero per i Beni e le Attività Culturali italiano recoge la existencia de dos ediciones del impreso titulado *L'assonto amoroso in difesa delle Donne* de Cesare Barbabianca. Ambos están fechados en 1593. El lugar de impresión los dos es la ciudad de Treviso, tal como se ha anticipado.

Por otra parte, el tratado del siglo XVIII *Gli scrittori d'Italia, cioè notizie storiche e critiche intorno alle vite e agli scritti dei letterati italiani* de Giammaria Mazzucheli Bresciano, recoge una edición posterior, de 1603, lo que nos habla de la difusión que el discurso tuvo en la Polémica del Véneto.

Las tres copias tienen el sello del impresor Domenico Amici de Treviso (el mismo taller que dio a las prensas la *Oratione* en honor de Luigi Soranzo de 1592). No existen diferencias materiales en entre las distintas versiones: 39 páginas, papel y tamaño similares. En cuanto al contenido, mientras que en la primera página de la edición de 1593 aparece escrito el nombre del editor “In Treuigi: appresso Domenico Amici”, en el otro ejemplar de 1593 catalogado por EDIT 16 se puede leer: “In Treuigi: appresso Aurelio Reghettini, libraro sotto la loggia”. La mención al impresor se traslada en este ejemplar de la primera a la última hoja, en donde figura: “Stampato in Teuigi, per Domenico Amici./ Con licenza de’Superiori, 1593”. De estas diferencias se pueden extraer algunas conclusiones sobre el negocio editorial de documentos impresos en la época. Existen y colaboran, por tanto, dos agentes: el librero y el impresor. Es el segundo quien hace el trabajo mecánico y los procedimientos legales de autorización de la obra ante las autoridades. Sobre el librero Aurelio Reghettini, sabemos que fue habitual colaborador de Domenico Amici, a quien solicitó a menudo sus servicios como impresor para obtener las obras de su catálogo.

La otra variante que merece la pena señalar es la forma en la que aparece mencionado el autor. En la primera de las versiones impresas, figura en la primera página la autoría de su “eccell. Sig. Barbabianca giustipolitano” (Giustanopolis es el nombre romano de Capodistria). En la segunda de las versiones, sin embargo, el nombre propio queda suprimido. En su lugar figura un seudónimo: “L’academico solingo”, lo mismo que en los textos iniciales de dedicatoria a Horatio Ruino y en el poema inicial de Bartolomeo Burchelati. “Solingio” se puede definir como “solitario” o, en el *Dizionario Olivetti della Lingua Italiana*, “senza compagnia”. La elaboración identitaria del heterónimo parece indicar, pues, una figuración dramática del caballero enamorado de su musa, amor platónico, en correspondencia con el litigio con el celoso que reta a Barbabianca ante el tribunal de Amor en la escena del sueño.

Para esta edición, se ha decidido seguir la segunda de las versiones, pues nos parece la más completa en cuanto a datos (incluye la mención tanto al impresor como al librero) e interesante por la importancia del heterónimo con respecto al contenido del discurso.

3. CRITERIOS DE LA EDICIÓN

En este volumen se recoge el discurso *L'assonto amoroso in difesa delle donne* de Cesare Barbabianca siguiendo las versiones impresas que se conservan. En concreto, se ha empleado la copia impresa conservada en la Biblioteca Nacional de Austria (sign. 48.V.36.[3]).

Para la transcripción diplomática del texto han normalizado algunos caracteres y se ha modernizado la ortografía, sin perder el ritmo ni los giros retóricos del original en la traducción.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS SOBRE CESARE BARBABIANCA Y LA POLÉMICA DEL VÉNETO

BARBABIANCA, C. (1593). *L'assonto amoroso in difesa delle donne*. Treviso: Aurelio Reghettini.

BERTOŠA, M. (1972). Valle d'Istria durante la dominazione veneziana. *Atti*, III, 58-205.

BROULLÓN-LOZANO, M. A. (2022). “[...] Quel nobilissimo sesso di Donne”. Descripción de la construcción semiótica de una gramática de los géneros en un texto de la “Querelle des Femmes”: *L'assonto amoroso in difesa delle donne*, de Cesare Barbabianca (1593). *Cartaphilus. Revista de investigación y crítica estética*, 19, pp. 199-215. <https://doi.org/10.6018/cartaphilus.484271>

BROULLÓN-LOZANO, MANUEL A. (2020). Dos aproximaciones a "L'Assonto amoroso in difesa delle donne", de Cesare Barbabianca (1593): textualidad y método, *Revista de la Sociedad Española de Italianistas*, 14, pp. 101-112.

BRUNETTI, M. (2021). Soranzo. En *Dizionario biografico Treccani*. Recuperado de https://www.treccani.it/enciclopedia/soranzo_%28Enciclopedia-Italiana%29/ [Fecha de consulta: 15/02/2021]

COX, V. (2008). *Women's Writing in Italy 1400-1650*. Baltimore: The John Hopkins University Press.

DE MICHELIS, C. (1972). BURCHELATI, Bartolomeo”. En *Dizionario Biografico degli Italiani*. Recuperado de <https://www.treccani.it/enciclopedia/bartolomeo->

- [burchelati \(Dizionario-Biografico\)/](#) [Fecha de consulta: 15/02/2021]
- DIALETI, A. (2003). “Defenders” and “enemies” of women in early modern Italian *Querelle des Femmes*. Social and cultural categories or empty rhetoric?. En Goodman et al. (presidencia), *Gender and Power in the New Europe, the 5th European Feminist Research Conference*. Simposio dirigido por la Universidad de Lund, Suecia.
- DIALETI, A. (2011). Defending women, negotiating masculinity in early modern Italy. *The Historical Journal*, 54(1), 1-23.
- FAVARO, M. (2012). *Tra musica, scienza e riflessione sull'amore: l'Accademia Palladia di Capodistria*. Recuperado de <https://backdoorbroadcasting.net/2012/09/maiko-favaro-tra-musica-scienza-e-riflessione-sullamore-laccademia-palladia-di-capodistria/> [Fecha de consulta: 15/02/2021]
- GILLEIR, A.; MONTOYA, A. C. y VAN DIJK, S. (eds.) (2010). *Women Writing Back/ Writing Women Back. Transnational Perspectives from the Late Middle Ages to the Dawn of the Modern Era*. Leiden: Brill.
- GONZÁLEZ DE SANDE, M. (2017). La Breve difesa del diritto delle Donne y algunas cuestiones sobre su autoría. en A. Guzmán Guerra e I. Velázquez Soriano (eds.), *De falsa et vera Historia* (37-50). Madrid: Ediciones Clásicas.
- KRNJAK, O. y RADOSSI, G. (2002). Testimonianze e notizie storico-araldiche di Brioni, Fasana e Dintorni. *Atti*, XXXII, 301-378.
- MALCOLM, N. (2015). *Agents of Empire. Knights, Corsairs, Jesuits and Spies in the Sixteenth-Century Mediterranean World*. Oxford, Nueva York: Oxford University Press.
- MAZZUCHELI BRESCIANO, G. (1758). *Gli scrittori d'Italia, cioè notizie storiche e critiche intorno alle vite e agli scritti dei letterati italiani*. Brescia: Gimbattista Bossini.
- MINISTERO PER I BENI E LE ATTIVITÀ CULTURALI (2021). *EDIT16. Censimento nazionale delle edizioni italiane del XVI secolo*. Recuperado de http://edit16.iccu.sbn.it/web_iccu/ihome.htm [Fecha de consulta: 15/02/2021]
- RADOSSI, G. (2003). Monumenta heraldica iustinopolitana. *Collana degli Atti*, 21, 1-480.

SQUINZIANI, G. (1882). *Santo Apollinare di Gasello presso Capodistria*. Capodistria: Tipografia di Carlo Priora.

EL AMORÍO EN DEFENSA DE LAS MUJERES

Cesare BARBABIANCA

El amorío en defensa de las mujeres

Del académico Solingo

En Treviso, M.D.XCIII

Con Aurelio Reghettini, librero bajo la loggia

Al muy ilustre señor mío observandísimo, el señor Horacio Ruino.

Es hábito de la honorable profesión de Caballero emprender la defensa, ora con la espada, ora con la lanza, en todas las ocasiones, de las inocentes Mujeres. Ahí donde se lee que Perseo, volando sobre las lides de Soria, y viendo allí atada a una roca a la bella Andrómeda esperando ser devorada por el Monstruo Marino, desenvaina la espada, descubre su escudo en su defensa, liberándola de tan injusta muerte. Y en conformidad con esto, el poeta ferrarés induce a Ruggiero a decir estas palabras,

Disponed de mi persona a vuestro arbitrio
en todo aquello que creáis pueda seros útil;
porque si me visto de acero y malla
no es para conquistar tierras ni tesoros
sino para hacer cuantos beneficios pueda,
sobre todo tratándose de damas
tan bellas cual lo sois vosotras.

Viendo yo ahora que no una sola Dama sino toda la nobleza y la gentileza de las Mujeres ha sido miserablemente lacerada por algunos temerarios e injustos, me ha parecido digna cosa que esta mi composición en su defensa, no siendo tan vehemente como convendría, se ponga bajo la protección de un heroico caballero, como es vuestra señoría ilustrísima, para que la ayude y la vuelva perfecta, supliendo las faltas del autor: aceptadla pues junto a este pequeño signo de los compromisos infinitos yo os ofrezco una empresa conveniente a vuestro ánimo generoso: será recordada bajo vuestro insigne valor la protección de bellezas tan famosas y reverenciadas en el mundo.

Y le beso las manos. En Capodistria, a 19 de junio de 1592,

De vuestra señoría muy ilustre Afectísimo. Su siervo,

el Académico Solingo.

A aquella celeste y serenísima luz que, recogida en juvenil y agraciado rostro, suele con hermoso gesto arrebatarse y elevar el

humano intelecto a las eternas ideas: su felicísimo objeto y el querido nido de sus pensamientos.

El Académico Solingo.

Si los frondosos campos y el suave prado en la estación de primavera reciben los influjos de las luces supremas, y varían en su verdor de mil bellezas estelares, suelen enderezar al mismo Cielo o a las mismas flores, y a aquellas mismísimas bellezas. Por la cual razón, oh mi bella maravilla de amor, ¿no dirigiré yo a aquellas estrellas serenas de vuestros ojos estas mis primeras fatigas, habiendo recibido de ellos todo aquel ardor, y aquel espíritu, con los que muevo la pluma? Pero teniendo tan poca vida las cosas mías, reconozcan en vos aquella vital belleza, a quien solamente es propia la virtud de inmortalizar y hacer eternas las cosas vulgares y bajas. De esta manera quizás como en la Poética Ficción de la bella Citherea, que transportaba por el aire al amargo Adonis sobre el carro tirado por cisnes; así la bellísima Citherea de vuestro rostro transporta y arrebató mi ánimo sobre las estrellas, haciéndolo contemplador de las supremas ideas.

Mas, con tal de que vea el Mundo el retrato de tanta belleza, he querido elegir el más noble pensamiento mío para tan alta empresa; queriendo que aquel sea el pintor, tal como lo ha retratado perfectamente en mi corazón. Y así vosotros, mirando las semejanzas y, quizás, conociendo mis heridas, de las que ella ha sido causa, tendréis piedad del acervo de mis penas. Resplandece pues fuera del cuerpo la gentileza del ánimo, de esta guisa, que tras las candidas nubes resplandece la serenidad del Sol: la bella crin retirando el lustre a las riquezas del Ganges, se demuestra bajo un negro y sutilísimo velo alrededor de los templos, como tantas anhelantes nubecillas de oro: las mejillas no del todo coloradas, sino inclinadas más bien a la candidez, luchan por vencer a las flores de alheña por la púrpura del grano. Los labios, suaves ministros del beso de amor, están adornados y cubiertos por la viveza de la púdica rosa, y quizás todavía encierran en sí mismos aquellos dulces humores que las rosas tienen: se revelan los dientes en las palabras, y en la risa, como tantas diminutas estrellas del Cielo en los equinoccios serenos del año: si yo describiese los ojos, diría que esconden un cierto

perímetro suave, que no dibuja el puro negro, sino de color celeste y destemplado con un sereno brillo y claro: La persona parece de estatura más bien agraciada que robusta: en el movimiento se distinguen cierta majestad y decoro, que esconden la ignota llama de amor y a su aspecto, en fin, parece conceder solamente sede para los pensamientos sublimes y altos; pero (¡ay de mí!) ¿por qué voy yo a abrir mis yagas? ¿Por qué intento apretar aquello que retengo, que por completo me anuda y me encadena? Callaré vuestras alabanzas para no censurar mi pluma, que no solo no puede volar tan alto, sino que tosquísima se demuestra ante tan bella materia. Y poniendo restricción a aquel afecto, que no puede exhalar esta carta, le beso con reverencia las delicadas manos.

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR BAROLOMEO BURCHELATI, FÍSICO.

MUJERES, que honor anheláis,
en vez de que vuestro honor explique e illustre
para vivir fiel, tantos años y lustros: **Para vivir con vos**
agradeced a vuestro defensor, el SOLINGO:
quien la libertad
tanto tiene por suya como vosotras la amáis.

Quae meritò Dominae dignos optatis honores,
Imò à quo vester percelebretur honos:
Clarior ut uiuat, nedum per lustra, per annos,
Sed magè per cunctis saecla beata Uiris:
SOLIVAGVM, partes uestras qui iurè tuetur,
Colligite: hic uester semper, ametis, erit.

EL AMORÍO

Querida y lúcida llama de aquel amor celeste, que batiendo las alas en la matriz de aquella eterna e increada Mente, enciende el universo; y por tanto hace llover en este mundo inferior sobre todas las yerbas, las flores, las frondas, las selvas, los animales y finalmente las bellezas todas de la tierra, del Mar, del Aire, y del nocturno Esmalte celeste. Tú, suave y amorosa llama; que, siendo efecto de aquel altísimo Amor, te satisfaces y complaces de hacer resplandeciente un hermoso rayo tuyo en el rostro de aquellas; que callar me impone y me ordena escribir en defensa de sí misma y de todo el sexo femenino. Tú, eminente llama, dictame aquellas cosas apenas vislumbradas y oídas en sueños, que por mí solo no sé entender, ni mucho menos explicar. Tú, tú, haz volar mi pluma sobre el vuelo del Águila, y del Fénix; pues ni más bella empresa, ni más justa, ornó jamás de Laurel la frente a ningún poeta, o Escritor alguno. Y sean estos los primeros frutos de la aspereza de mis años, y de los auspicios afortunados por nuestros amores producidos, como conviene que rinda tributo el río al mar, o el pequeño rayo a la gran luz del Sol.

Fue en la temporada en que los silenciosos silencios vuelan por las sombras nocturnas bajo el bordado Cielo; y que en todo bosque bajo los arbustos, en el seno de todo mar bajo las olas, y finalmente en toda parte del mundo bajo cualquier refugio yacen adormecidos los pájaros, las fieras, los peces, y los humanos espíritus; que por la fatiga del día, teniendo los miembros laxos, y entumecidos: solamente yo, mísero, con el pensamiento inquieto, e impaciente que me volaba a la amada belleza; contemplando aquellos esplendores, que son suavísimos incendios en mi corazón. Cuando al fin, cerrando los ojos a un lánguido sueño hacia el alba, así fue que me pareció de súbito ser

transportado no solo por aquel divino auriga en el bello monte de Chipre; donde ya por las fábulas hasta ahora creído había, que fuses la morada de Cupido, y de la bella Venus; pero, ay de mí, que en el sueño me parecía verdadero y no ya fabuloso aquello que escribieron los Poetas. De este modo vi un agraciado y ameno bosque ser donde el sello de Amor; que, hecho Juez de las querellas amorosas, escuchaba con benigno oído las declamaciones de los Amantes, y de los infortunados de esto, y de aquello. Era el Bosque todo sombrío de Mirto suavísimo, y de algún invicto Laurel; que con su sombra hacían grato el Verano, y con sus flores alegre la Primavera. En medio de esto aparecía con menuda hierbecilla un amplio, y espacioso prado, todo rociado de mil variedades de narcisos, amarantos, jacintos, lirios, y otras nobilísimas flores:

y al frente de aquello, casi formando una bellísima escena, se veía compuesta de blancos mármoles, y de alabastro la residencia tal de Cupido. A su alrededor había una grande y densa turba de Amantes, que sus pies acusaban a su Amante, y del otro lado estas hacían con sus llanto, y con las demostraciones de los lamentos abierta la propia inocencia. Tenía Amor del lado izquierdo las penas, y en la mano diestra los premios, con que ora pagaba, y ora flagelaba a sus reos; donde se veía a la izquierda penando a los Celos impacientes, y vigilante con mil ojos: estaban a su lado la desesperación, que siempre la acompañaba, los suspiros, los llantos, las sospechas, el desdén, el despecho, la rigidez, ingratitud, y un poco más lejos los dolores, pero no tanto, que con un solo ademán no fueron con aquellas primeras todos juntos. Del otro lado se vislumbraba por premio el beso amoroso con la paz, con la risa, y con la inviolable fe: tan largos eran los abrazos, la adulación, las carantoñas, la alegría, la cortesía, el deleite, la correspondencia amorosa, y un coro de Ninfas, que eran las gracias, y los favores de Amor. Estaban en torno a los obeliscos, y a las columnas colgados los exvotos, que estaban dispuestos como signos de los infortunios ocurridos a los afligidos Amantes; por ello que se veía en aquellas pinturas a alguno, que celoso de su amiga se había preparado la soga, último refugio de los ciegos enamorados, para terminar la vida: algún otro, que abandonado por ella se apoyaba con el costado en la punta de la espada para atravesarse el pecho: y otros, que viendo muerta a su Mujer quería

arrojarse desde una alta roca, o de un empinado monte. Pero Amor, sentado en su escaño, tenía en el vez de cetro un dardo suyo dorado en la mano; y la venda, que primero solía tener atada sobre los ojos, le tenía por cándido, y real la diadema alrededor de la frente sobre los confines del cabello: el arco, y el carcaj estaban a su lado, cerca y dispuestos a toda solicitud suya, y medio de este a mil niños pequeños Amor les suministraba cuanto necesitaban, y obedecían sus consejos.

Mientras yo estaba todo asombrado y admirado, contemplaba aquellas nuevas maneras de juicios, de querellas, de litigios, de oratorias, y declamaciones amorosas; siento a uno de aquellos Amantes citarme ante la razón de Amor, que con voz, ora grave, ora aguda, ora con desdén, ora con risa de desprecio, se empeñaba en acusarme, de que yo sin mérito alguno haya sido tan audaz, y tan temerario, que arda de amor por una Dama, la del rostro más bello, la más virtuosa de ánimo, la más gentil, y vestida de manera, que se encuentre entre cuantas recogen con atractiva y dorada trenza los largos cabellos: éste demostraba con muchas razones, que yo debía ser castigado por tamaño atrevimiento, por haber osado poner las manos sobre el más rico tesoro de Amor; y que yo, como si fuera un sacrílego, había intentado poseer aquel corazón, que estaba reservado a ser Templo del mismo Cupido. A estas acusaciones yo, del otro lado, respondía, que no había sido mi atrevimiento, ni mi audacia el amar una Dama tan alta; pero, esforzado por el enlace de su belleza, me había dado por prisionero, no por Amante: y que yo me había limitado a hacer esto, forzado por la necesidad amorosa, que no tiene ley, pero que a todo el mundo impone ley.

Así yo decía, acompañando a mis defensas por claros testimonios las lágrimas, y los

sollozos interrumpidos, que me abundaban en grandísima pareja. Lo que habiendo escuchado Amor, y considerando bien las razones de una causa, y de la otra, mientras era vario el murmullo de los Amantes, que hablaban quien por esta, y quien por la otra parte, y a punto de impartir sentencia inclinando el cetro según sus palabras; cuando así fue que se sintió de lejos un gran rumor de lamentables llantos, y de gritos, con un percutir de manos, y un sonido de voces mezcladas, que llegaban hasta el cielo, demostrando clarísimos signos de alguna desgracia

sucedida: todos entonces interrumpieron el habla, se hizo el silencio en toda boca; y más bien cediendo lugar en aquella parte, de donde provenía el llano, se dejó espaciosa la entrada. En esto distinguimos, todo lacerado el cabello, con la cara inclinada, con los ojos lagrimosos, con el pecho todo rubicundo el latir, y con el vestido por todas partes rasgado, a la famosa Belleza, que acompañada de larga formación de pequeños Amores, y de las tres Gracias del Parnaso, era causa de tan grandes y estrepitosos llantos. Entonces todos nosotros alrededor nos agolpamos,

nos apretamos, y con gran fatiga hicimos multitud delante; maravillado cada uno de nosotros de este incidente, y deseosos de saber aquello que decir quisiese:

Y ella se puso delante del tribunal de Amor, después que se enjugó las lágrimas preciosas, y aquietó los suspiros, que en tropa le salían del pecho, comenzó con un roto exordio (movida así por el dolor) a lamentarse de esta manera. Oh, amoroso Amor; tú, que no dejas Impunes los males, ni mal recompensados los bienes, aquí yo, tu Belleza, con la que a todo venzo, a todo subyugo, todo lo enciendo: aquella belleza, de la que tú tomas las fuerzas, con la que tú doras tus saetas, y con la que asientas tus victorias; así yo recurro a ti lacerada y reprobada por un injusto, y cruelísimo, que con pluma temeraria, y mendaz ha puesto ardor en hacer infame a aquel nobilísimo sexo de las Mujeres, que dieron ya fama al universo Coro del Parnaso: éste ha culpado a aquel escogido, y gracioso escuadrón, que da a luz, y conserva el Mundo, y que nos hace a ambos más poderosos, y más temidos. Mira, oh Amor, que éste se arroga el Laurel en sus cabellos con nuestra reprobación; y no quiere reconocer, que incluso aquellas frondas nacieron primero de una bella Dama suspirada por Apolo. Esto despunta más desalmado, y más impío que aquel Diómedes, que hirió con un dardo suyo la delicada mano de la hermosa Venus, cuando quiso vengar el golpe a su hermano Eneas en el Asedio de Troya; así que este tan injusto Escritor descienda de aquella sangre, y de aquella progenie del inicuo Griego. No dejes, no, que tan nefando pecado pase impune por tu justicia; o que ya no sea más por los mortales temido. Fulmina, y rebaja aquel orgullo más digno de castigo, y de pena que Enelado, que Tiseo, que los otros hermanos Atreos: que yo ya tan fastuosa y altera Belleza, ahora humilde, y lacrimosa me postro a tus pies,

pidiendo de ti justicia por quien me ofenda. Estas, y otra similares exclamaciones hacía aquella bella Diosa, quien así en el acto de majestad relampagueaba fuera de las nubes de su dolor una suave luz de maravilla, al amor, y la piedad que acompañaba con las maneras gentiles, y celestial daba a luz en el ánimo de todos un lazo común, que constreñía a todo ojo a lagrimar por ello. Pero Amor haciendo que ella recatara el duelo, le prometió por su efigie, y por la potencia de los dardos de oro, que daría grandísimo castigo, y enmienda a quien ofendido la había, y entonces vuelto hacia mí que estaba aparte con el corazón palpitante a la espera de la sentencia por mi acusación, con alta voz, me dijo; que yo debía por penitencia de mi ardor tomar EL ASUNTO y escribir, y responder a aquel, que contra las Mujeres tan mendaz había escrito.

En aquel momento, mientras yo quería excusarme sin embargo con Amor, porque yo era debilísimo sujeto para tan grave, e importante empresa; despuntó fuera del primer confin del Horizonte la vaga luz del Sol, que, aportando belleza, y ornamento al universo, me despertó del sueño, en el cual hasta ahora había creído estar en vela, y más que nunca consciente. Así pues para obedecer a cuanto Amor me manda, y para agradar a aquel bello relámpago de mi Dama, que en silencio me persuade, y me obliga, perdóname oh Musa, si yo reclamo de tus amenísimas sombras, y si te despierto de tu largo reposo. Porque aquellos que tienen imperio sobre ti, y yo, esta vez nos imponen retornar anuestras antiguas fatigas.

Dice primeramente el Maldito, que la Mujer porta en sí el nombre de daño¹; y haciendo un ciertamente más sutil, que veraz desatino, bromea, diciendo, Mujer donatriz de daño²: en el que se

¹ En la versión original, el autor hace una figura retórica de transformación o metaplasmos entre las voces italianas “Donna” (mujer) y “danno” (daño), mediante el intercambio de los sonidos de las vocales “o” y “a”, esto es, un recurso de metátesis.

² Nuevamente se repite la metátesis con ya no dos sino tres palabras con dicciones parecidas en los sonidos consonánticos y alteradas en los sonidos vocálicos: “donna donatrice di danno”. Para mantener, en la medida de lo posible, el juego sonoro, en esta traducción se ha decidido incluir el neologismo “donatriz”, mezcla de donante y de la desinencia de la declinación

encuentra mucho del engaño sobre este asunto: puesto que, si es verdad aquello, que dice el Filósofo, que la denominación se hace de las cosas más nobles, será todavía verdad ciertamente que la Mujer tome su etimología más bien del signo de nobleza que de otra cosa; siendo que Mujer es palabra traducida de aquella voz latina, que suena *Domina*, es decir, Dueña, nacida verdaderamente para Dominar, y señorear, donde por ello se atribuye a los Príncipes, y a los grandes personajes estos nombres, Doña Marsisa de Este, Doña Giulia Gonzaga, Don Hipólito, y Don Cesar de Este, y aquí por tanto clarísima interpretación del nombre de la Mujer, que suena Señora del universo; dejando de parte tanta y tanta autoridad de Poetas, de Filósofos, de Historiadores y de otros Escritores. Vengo pues a aquello que dice, que siempre fingen amar; casi quiera decir (si como en muchos lugares abiertamente lo dice), que esconden en sí mismas el fraude, el engaño, y toda cruel y perversa cosa. Es necesario que en ello tome yo alto principio mayormente para profundizar y precipitar esta tan errónea

sentencia. Estas mujeres, o son bellas, o son feas, y deformes: si son feas, clara cosa es, que non sean amadas, siendo solamente objeto del amor la belleza; y como consecuencia no siendo amadas, no están obligadas a amar a nadie por aquel amor, como se comprende; donde no recae sobre ellas reprensión por crueldad, o ingratitud alguna. Si entonces son bellas, es necesario que aquel me conceda, que en su ánimo no pueda habitar la malicia, ni el fraude, por ello, si como dice Sócrates Maestro del divino Platón, un bello cuerpo cubre también un ánimo bello; y Plotino escribe, que jamás un bello fue malvado: así lo afirma la mayor parte de los Filósofos, que de la belleza, y de la bondad de ánimo resplandezca la belleza en el rostro del cuerpo. Si como se ve en la sensible apariencia del Sol, que encerrado en una clara nube, suele mandar fuera de la misma nube sus rayos, y hacerla toda agraciada de color de rosa. Y Porfirio fue testigo de que toda vez que el ánimo de Plotino se elevaba a cualquier sublime grado de contemplación, se desataba claro en su rostro un bellísimo resplandor, que dejaba maravillado a quien lo miraba. Y Moisés,

en femenino de algunas palabras como “actriz”, como forma femenina de “donante”.

cuando descendió del Monte, donde primero elevó su alma para hablar con Dios, se lee, que ninguno podía mirarle a la cara, de tan brillante y resplandeciente; otros tantos hicieron de esto muchos argumentos adoptados por diversos Filósofos, y que yo aun podría aducir de nuevo; entre los cuales diré solamente estos. Si son buenas todas aquellas cosas, que más se acercan a Dios; en verdad diré que la belleza es perfectísima, siendo ella cercanísima a aquella bendita y divina fuente. Y ya que la causa de los cuerpos bellos desciende solamente de la forma, así como la fealdad proviene de la vil materia; donde no por otro motivo se dice deforme a una cosa, si no porque se parte de la forma; y por el contrario se llama hermoso a todo aquello que la forma ilustra; y resplandeciendo la misma forma en el rostro de la bella Mujer con mayor poder, de aquello que puede hacer oscureciendo la materia (llamándose por ello el Sol, la Luna, y las Estrellas de Themistio solamente formas, y no cuerpos informados, porque casi son simplísimas las formas, no participando, si no poco de la materia) clara cosa es que esta belleza resplandece en el rostro de estas Mujeres, sea veraz, y necesario indicio de su ánimo perfecto, y bueno. Además de esto, ¿no se entiende claramente por el relato de Tolomeo príncipe de los Astrólogos, que Venus, y Júpiter más benignos de entre todas las estrellas errantes, sean aún causa con sus aspectos opuestos de todas las bellezas de la Primavera y ya que de sus influjos, que proceden del mirarse el uno al otro causando las guirnaldas de los prados, las copas de los árboles, la vestimenta de los campos, y finalmente toda la familia de Céfiro, y de Flora? Y que el sabio Petrarca en un legendario Soneto suyo diga que, siendo bellísima su Laura, haya nacido entonces, cuando el sexto cielo con su rayo se convirtió al mirar a la hija Citerea, quien en la tercera esfera tiene su esplendor. Pero no solo en las estrellas, como se ve, esta belleza, y bondad son entre ellas correspondientes, sino que la belleza es indicio de conocer la bondad cubierta, y es la verdadera causa de aquella eterna belleza; es por lo que entonces se conoce en las cosas aquí abajo esparcidas por la amplia matriz de la Naturaleza; que la rosa, la violeta, el cándido lirio entre todas las flores bellísimas, las recogen los Médicos por su virtud, y por la perfección de estas. ¿Y quién me negará nunca, que la tosca Haya, y que el rudo Roble, siendo feísimas plantas, no sean pasto con sus bellotas

para los animales viles solamente; y por el contrario el encantador Naranjo, el Pino, y los amenísimos Cedros no sean alimento para los hombres, y para los hombres más ilustres? ¿Y quién no sabe que incluso las gemas más bellas tienen

virtudes mayores? Si como el Topacio, y la Esmeralda harán casto a aquel que las lleve consigo: el Sardonio, y la Siderita lo harán gracioso, y Amable: el Adamante, el Garatónico lo harán animoso, y victorioso en las batallas. ¿Qué más hay que decir para demostrar, que se esconde bajo toda esta belleza la bondad de las cosas? ¿Dónde sino en el habla se puede proferir la belleza sin captar la bondad bajo ella escondida? Siendo que decir que el mar es bello, se entiende entonces, que es plácido, y bueno: y se llama entonces bello al cielo que a modo de pomposo prado manifiesta sus flores todas brillantes, y claras; cuando en la nueva estación llueven de aquella esfera los fecundos influjos a la tierra. Ahora, oh Escritor enemigo de la belleza femenina, si te he demostrado en los hombres, en las Estrellas, en las flores, en las plantas, en las gemas, y en suma en las superiores e inferiores cosas la bondad, y la belleza ligadas en el mismo lazo precioso de oro; ¿por qué te atreverás tú a decir que estas Mujeres resuenan como el nombre del daño? Mira, oh Mentiroso, que no te ocurra aquello mismo, que ocurrió a Stersicoro Poeta, el cual habiendo en sus versos ofendido a la bella Helena hija de Leda, fue por Zeus cegado de la vista de los ojos; y retornando el mismo a alabar a la misma Helena, y al mentirse a sí mismo, le retornó de nuevo la perdida luz. Mira, miserable, que no incurras en el mismo infortunio, que al faltar a las Mujeres le ocurrió a Orfeo, cuando merecidamente fue por ellas muerto. Reconoce, reconoce en ti mismo el error, antes de que caiga sobre ti aquella tremenda y audaz ira de Amor.

Ahora estoy seguro, de que tan solo con estos argumentos, con los cuales he demostrado la belleza del cuerpo es lúcida nube de la bondad del alma, sería bastante como para eliminar, y echar por tierra todo el ramo de los cargos contrarios imputados en aquel discurso. Sin embargo, descenderé a los detalles, y punto por punto los responderé con la mayor brevedad, que sea posible. Y a aquello, que este dice afirmando, que las Mujeres aman por utilidad, que se aprovechan de sus Amantes; respondo, que el amor nace por lo general de una de estas dos causas, de la propia

elección, o de la conformidad de sangre. No se puede ya decir, que por la elección voluntaria, movida por estas Mujeres, amen por utilidad, porque supondría afirmar un inconveniente mucho más grave (habiéndose el mismo Escritor en su discusión puesto de parte de aquel punto, que

fingen amar, y habiéndolo yo rebatido todavía poco hasta ahora) afirmando, que ellas por propia elección amen para obtener utilidad alguna. Porque amando ellas del deber por este fin de utilidad, se concederá, que amen su propio daño; siendo que, mientras se ama, uno se pierde a sí mismo; de lo que tanto se maravilla Ariosto en aquellos versos del Cant.24estan.I.

¿Hay indicio de locura más vehemente,
que el de perderse a sí mismo?

¿Y ahora, quién así enloquecido, y del todo frenético, que por utilidad alguna, sin embargo sea por Reinos, y por Imperios, estaría dispuesto a poner precio a la propia vida? ¿Y que esto lo hiciera por voluntaria elección? Ninguna certeza: porque aun los animales feos, ni los árboles insensatos procuran conservarlos. Empero, la Madre Naturaleza ha infundido a todos en el alma conservar la salud propia: y por ello se ve en las plantas, en la hoja, en la rama con abiertos brazos hacer defensa, y refugio de la tempestad, y si el granizo abrumba al propio tronco, donde reside la vida de las mismas plantas: en las conchas marinas se ve, que están sujetas por dos fortunas, y duro escudo para librarse de ser alimento a otros peces. Y si a todas las cosas la Naturaleza ha dado este instinto de conservarlos, y de huir de la muerte, ¿por qué razones se negará solamente a las Mujeres, animales de razón, y discurso? Porque se dirá, que estas cosas pierden el conocimiento de la propia vida y anhelan echarlo por la borda por el amado; imitando a Alceste, citada en el banquete de Platón, que se expuso a la muerte por el propio Marido. No creo, no, que alguno lo quiera creer; ni me parece que se pueda con algún sofisticado silogismo probar. Y menos se pueda decir, que por conformidad de sangre amen estas Mujeres con fin de utilidad, si estas inclinaciones o conformidad (como dicen los Físicos) nace del temperamento de las cualidades corporales, que solamente inclinan a los animales a un simple amor y benevolencia de

corazón, de tal manera; que no sale a buscar algún fin eterno más allá del objeto amado, y solo este amor se presta a aquellos, que no se conocen, sino que este amor solo precede a la cognición; siendo todos los otros derivados de la precedente vista del amante en el amado; si como dice el Filósofo en la Ética, poniendo esto casi por cosa necesaria. Está muy bien descrito este amor de inclinación del alma, o conformidad de sangre por Ariosto en su Poema Heroico del Cant.XI. cuando induce a Ruggiero a ver la pugna de un caballero contra un Gigante, diciendo,

Ruggiero se detuvo, espectador de la batalla,
y así inclinó el alma, y deseó,
porque venciera el caballero.

Que no aman por la robustez del cuerpo lo deja claro el argumento contrario poco antes adoptado; y que igualmente no amen con tanta inestabilidad de ánimo la belleza corporal se asegura por una infinidad de ejemplos, que yo podría aducir de aquellas Damas, que incluso tras la muerte han amado a los Amantes y Maridos, Tal como se puede decir de la constante, y muy generosa Portia, que no pudiendo tomar la espada, ministra de su muerte, se arrojó a las encendidas brasas, en señal de ser digna mujer del invoco Bruto. ¿Qué diré de Artemisa, que erigió tan famoso Mausoleo entre las contadas siete maravillas del Mundo, quien siempre conservó el amor hasta su propia muerte? ¿Y cómo no se podrá alabar tanto a aquella Berenice, que consagró hasta su cabellera al sepulcro del Marido; de modo que luego fueron trasladados merecidamente al cielo a resplandecer en la serena noche? Callo miles, y miles de otras famosísimas Damas, cuya gloria resplandecerá eternamente como las estrellas; de quienes en deshonor no cabe alegar lo ya dicho, o sentencias de Filósofos, Poetas, Oradores, o de hombres santos, como Diógenes Cínico, Pitágoras, Séneca, Terencio, el padre glorioso S. Gerónimo, S. Agustín, S. Bernardo, y otros; porque aquellos siempre han encontrado las buenas, las castas,

y honestas Damas, culpando solamente a aquel pequeño número de impías, y malvadas, nacidas entre ellas, como nace la espina entre las flores, los horrores entre las Estrellas, los Monstruos entre las bellísimas cosas de la Naturaleza; donde bien

se puede decir, como ya dijo el gran Poeta Ferrarés, que habiendo cantado en deshonor de Gabrina, se corrigió con decir, que no la culpó por todas las Mujeres, sino solamente por las traidoras, y las impías como ella. Cant.XXII,Estanc.2.

Como el oprobio del traidor que vendió a su Maestro
por treinta monedas no alcanzó a Pedro ni a Juan,
la fama de Hipermnestra no es menos ilustre
por más que fuese hermana de tantas mujeres indignas.
Por una sola a quien me atrevo a censurar en mis versos,
por exigirlo así la verdad de la historia,
ofrezco en cambio celebrar a otras cien,
haciendo que su virtud resplandezca más que el Sol.

Si la Historia no está repleta de alabanzas, y de honores a este virtuoso, y nobilísimo sexo ha sido solamente a causa de la perturbadora pluma de los Escritores, quienes bajo el silencio han dejado la gloria de sus méritos, diciendo el mismísimo Poeta Cant.XXXVII.Estanc.6.

Y no tan solo Roma y Grecia tuvieron el privilegio
de dar al mundo mujeres fieles, castas, prudentes y esforzadas
todos los países de la Tierra las han producido,
desde las márgenes del Indo hasta las playas
de las Hespérides, donde el Sol recoge su cabellera;
pero los escritores falsos, injustos y envidiosos de su tiempo
apenas nos han dejado el recuerdo de una por cada mil.

De esto ya el Escritor sofista con aquellos Filósofos sostiene (como este alega en la obra) aquel argumento, por el que no se debe tomar mujer, diciendo: el hombre se ha de casar, o con la Mujer bella, o con la fea; si es con la bella, corre el riesgo de tener a la mujer al servicio de otros; si es con la fea, le es un tormento; y pena continua. Porque a este tal argumento yo respondería de tal manera, ofendiéndole con las propias armas, con que busca vencer a otros: que si el hombre, que se casa toma por mujer a una fea, no corre el riesgo de compartirla con otros; si desposa a una bella le será perpetuo contento; y alegría al mundo. Así retorciendo el propio argumento, vengo a devolverle la punta de aquella espada que este había lanzado contra mi pecho. Además

que, si consideramos este santo matrimonio, veremos en verdad, que ha sido instituido y del sumo Dios, y de la Naturaleza, y de las leyes, y por fin para el deseo de una perpetua gloria que lo persuada, y enseñe: sea con esto que, si aquellos Césares, aquellos Pompeyos, aquellos otros antiguos Héroes hicieron enterrar en los montes, y en los campos gran cantidad de medallas, donde se ocultase su retrato, y mandaron erigir estatuas de bronce, y de mármol para conservar su nombre, y su memoria; ¿Porque si el hombre no tomara mujer, de la que recibiera frutos tales, si no enterrara sus medallas, o una inmóvil escultura, sin un sujeto de carne viva y respirante a la vista de todos, podría mostrar esculpida la verdadera imagen de sí mismo, no solo del cuerpo, sino del alma también? Porque

muchas veces ocurre, que el hijo no solo en el aspecto de la cara, y de los miembros, sino aún en los vestidos, e ingenio se parece al padre: y en esta manera de generación en generación se conserva inmortal en la semilla de los hijos, y en sus sucesores, ¿Qué más bella Fénix que se abrasa y se renueva a sí misma, se puede de esta encontrar? Otro incalmo, o injerto para perpetuarse en este jardín del mundo se puede pedir ni esperar sino del matrimonio? Callan todas las escrituras, siempre y cuando la Sagrada Escritura así lo mande: no se interpongan en esto los mentirosos, y profanos Poetas, Filósofos, y Oradores, que como ciegos topos se ciegan ante el luminoso rayo del Sol; y como Ícaro con las frágiles alas de cera caen hacia lo bajo, sumergiéndose en el mar.

Por otra parte consideremos un poco (ya que hemos con la espada de la justicia truncado, y podado las razones de éste) de cuánta nobleza, y dignidad son los vestidos, el alma, y la belleza de estas Damas. Ellas en verdad no solo en las letras, como Corina, Aspasia, Cornelia, Damófila, Safo, y una Vittoria Colonna, y una Verónica Gambara en nuestros tiempos; sino que aun en las armas fueron famosas, como Harpalice, Camila, Hipólita, Pantafilea, Semíramis, Cleopatra, Fulvia, e infinitas otras, que han dejado sus nombres en la Historia, y en las vastas hojas de los Escritores. ¿O quién no sabe, que la flauta de Pan fue encontrada por su querida Siringa? ¿Quién no ve que el Laurel con que coronarle la frente de gloria procede

de los brazos de la bella Dafne resurgido, y crecido? ¿Quién me niega, que las Musas no nos favorezcan en el canto desde lo alto del monte Parnaso? Por tanto si toda fuente de gloria, si toda belleza en el sonido, si todo sabor de canto se nos ha concedido tan solo por medio de las Mujeres, ¿por qué todavía con los mismos medios no las elevaremos al cielo? ¿El recato de Penélope por quién no es alabado? La de la Biblia, de Lucrecia, de Sofronia, de Zenobia, de Sulpicia, de Poncia, de Sirthia, de Marta, y de miles y miles otras que no toma por espejo, y ejemplo del mundo? ¿Qué constancia sino la de Cornelia, que tras haber perdido doce hijos, y de haber visto muerto a Tiberio, y a Cayo Graco, compadecida por todas las Mujeres Romanas, respondió con ánimo sombrío, que nunca se llamaría infeliz habiendo parido a los Graco? Sofonisba prefirió magnánimamente el veneno, que le fue enviado en un vaso por Massinissa; Sofía vio a tres de sus hijos muertos por los ministros de Adriano sin exhalar siquiera un suspiro: Rutilia habiendo perdido a su único hijo no derramó siquiera una lágrima: no digo ya Clelia, ni las Mujeres Espartanas, cuando recibieron la nueva de la muerte de Leónidas por la espala de Jerjes, ; y vengo a demostrar solamente cuánta fue la fama de su belleza, auténtica correspondencia de las costumbres del bello espíritu. En los bosques se alaba el bello rostro de Amarilis, Licori, Filliria, Silva, y Tirená; en las olas del mar se exalta la belleza de Tetis, Calipso, Nisa, Aretusa, Galatea, y todas las hijas de Nereo; en los serenos ámbitos del aire se tiene por todos hermosa a Clori por quien por Céfiro, Iride, Deiopea, y otras Ninfas de Juno: En el cielo entre bellos esplendores de las Estrellas son famosas las constelaciones de Berenice, Andrómeda, Calisto, Ariana, Venus, Cintia, y otras estelares imágenes, y planetas celestes. ¿Y ni siquiera estas han sido dignas por su belleza de ser amadas por los Dioses, como catan los poetas? ¿Herse, Clitia, Leucotea, Garamantide, Leda, Samele, Danae, Psique no fueron amadas por Mercurio, Apolo, Zeus, y por el mismo Amor por su Belleza?

¿Qué puedo añadir? Estas son solo algunas de las Mujeres, cuya constelación parece como los rayos del Sol, cuya frente vence el candor celeste, cuyas cejas son a guisa de los arcos nocturnos de las Estrellas, bajo las cuales se mueven con varios aspectos los ojos, que al punto en sí mismos parecen el motor, la

virtud, el recorrido de las mismas Estrellas, las mejillas se parecen a la graciosa y colorida Aurora, la boca parece casi un suave destello de cielo, donde se oyen formar aquellas palabras de suavidad no menos claras, y excelentes de aquella armonía de las eternas esferas, y en suma su rostro es un terrestre cielo; de ahí que lo pinte Tasso, famoso Poeta, en aquel Soneto.

Espectáculo a las gentes ofrece Naturaleza
quiere angosto espacio el Parnaso,
y en el sereno y tan juvenil rostro
formó dos soles que arden sin medida.

Estas mujeres son aquellas, que, observándolas nosotros, por medio de la mirada nos elevan de grado en grado a la contemplación de las cosas celestiales; y por tanto el alma nuestra recupera las alas perdidas con eminente ascenso por el aire, atraviesa las nubes, traspasa las esferas, supera al cielo empíreo, y hecha contempladora de las eternas ideas, se reconoce ciudadana del Paraíso, y reclama abandonar esta cárcel terrestre humana. Lo que no solamente hace el amante docto y civil, sino también aquel amante, que en todo sencillo, y tosco no conocerá apenas la presente vida, e incluso por medio de esta suave mirada por el puro instinto llega poco a poco al sublime éxtasis de amor, como nuestro Vida famosa memoria en su Filliria demuestra con gentil modo en la persona de un Pastor enamorado, en el Acto primero, Escena segunda.

Amigo Helirio

Yo no te podría decir, que afecto sienta
cuando vuelvo a ver su juvenil rostro:
Siento arrebato, y me elevo poco a poco
sobre los rústicos bosques, y más allá de las sombras
me expongo a la clara luz, que me deslumbra:
Siento, (y no lo puedo decir en vulgar lengua)
cierto noble pensamiento, que me recoge
en mí mismo, y me presenta delante
de sus virtudes todas, de quien tan bella resplandece.
Mientras los ojos contemplo, muchas veces
en la noche observé las luces errantes,
diciendo en mí, corre una Estrella tras otra

movida por Amor, ¿entonces está enamorado
también el cielo? ¿Qué amor
debe ser aquel, si tan dulce es este?
¿Y si esta belleza es tan admirable,
cuánto más admirable será la celestial?
Ay, no pido más rebaño, desdeño ya
los tugurios, las selvas, los ríos, los antros,
que me parecían bellos, bellos a los ojos;
pero el alma no ya, que acaso, me reclama
las cosas supremas, y parece que diga,
que ello allá arriba fue creado primero,
y como ángel busca retirarse al nido.

Con lo que sigue.

Donde abiertamente se ve, que un simple Pastor, contemplando las bellezas de su Ninfa, se convierte poco a poco en Filósofo, y contemplador de las cosas divinas, mientras reconoce que su origen está allá en el cielo. Y además lo afirman Muser, antiquísimo Poeta, y Propertio, que de esta potencia visiva de los ojos del amante en la amada Dama nace en el humano pecho el amor, que eleva las almas al Paraíso; y en consecuencia, Plotino se induce a la creencia de que Eros (que en Griego se llama Amor) derive de aquella palabra, que significa vista, es decir, mirada de los ojos; el que tantas veces aún se atribuye a la vista interna del alma; donde Aristóteles en la Ética pone grandísima correspondencia entre la vista externa, y la del alma, diciendo, no haber otra porción del intelecto en el alma, como la vista al cuerpo: y por ello supo Homero que es alabada Pallade por la belleza de los ojos, siendo la misma Pallade percibida por la sabiduría intelectual. Por lo tanto haciéndose mediante la mirada (que mira las bellezas del rostro amado) feliz tránsito a la vista del alma; y esta pues elevándolos al Paraíso, contempla la divina belleza; De quien sucede, que muchas veces el amante desearía tener muchos ojos, no solo dos, para poder mirar más, y mirando gozar, y gozando alzarse con un velocísimo salto al puro y divino Sol. Amantes entre los que está Platón, que tiene el deseo de transformarse en nocturno cielo, para que con mil ojos pueda admirar al vuelo mil bellezas del amado rostro: el cual concepto imita, o incluso con gentil modo traduce en todo el Heroico Tasso en aquel Madrigal.

Mientras mi estrella mire
los celestes tránsitos
el cielo ser quisiera,
porque a los ojos míos
intentas dirigir
tus dulcísimas chispas,
y yo añorar podría
mil bellezas tuyas con ojos mil.

Este dulce en la boca de los Poetas de los elogios de la propia belleza, han sido la causa de la fama de aquellos: porque el florido rostro de Galatea fue la Musa de Virgilio, Glicera dio Fama a Horacio, Lesbia elevó al cielo a Catulo, Neera sacó del vulgo a Tibulo, Cintia transportó a las Estrellas a Propertio, Licori hizo inmortal al Gallo, Corina con la Trompeta de Gloria elevó a Ovidio, Lauretta y Bice a sus queridos Poetas Petrarca, y Dante cómo si no tan gloriosos en el mundo, y por fin estos son los frutos de las bellezas femeninas, que antes que con Laurel coronan a sus Poetas con la inmortal guirnalda de la Gloria.

Así pues, oh rabioso Escritor, calla con perpetuo silencio, antes de que te venga intención otra vez de abrir la boca contra tan honorable sexo: que por mí creo, que entonces tu mente se habrá movido, no, por el espíritu de Febo, no, sino por la cruel Erinia, por un espíritu flagelado y atormentado por los celos; y en suma por una desesperada, e infundada rabia de amor; o quizás has escrito así, movido por la vana ambición de la fama, que ya llevó a Herostato a destruir entre llamas el gran Templo de Éfeso en Grecia. Y tu mano, que hizo la Escritura, Ministra del pensamiento; es cierto que aquel día sin valor, sin fe, indigna de empuñar nunca la espada, o tocar jamás el trofeo de Victoria en los honrosos ejércitos de Marte, y de Apolo: aquella tu injusta pluma, que te ha servido por instrumento para este vil discurso, ya fuera de Águila, de Avestruz, de Pavo, o de otro simple y noble animal; o más bien del ala izquierda de un Cuervo, de Buitre o incluso de las oscuras plumas de las Arpías del Cocito, y del Infierno: No fue tinta auténtica con que lo escribiste; sino similar a la sangre de la inmundada boca de Plutón, que se alimenta de las

almas infelices, que (como dice Tasso en su Goffredo) está así manchada.

Y como un vorágine profunda
así abre la boca con sangre inmunda.

Las hojas de papel, donde explicaste los conceptos; fueron teñidas en el río Infernal de Lete con tal de que el grave hedor, que de ellos sale, fueran aborrecidos y pestos en tenebroso olvido.

Y hasta aquí, oh mi bella, y generosa Llama celeste, que he empuñado y blandido la pluma contra aquel, que tan fieramente ha aborrecido las bellezas de aquelpreciado estandarte, que siendo tú en el medio y hecho un coro de Gracias, una cuarta Jerarquía terrestre, y un gracioso Parnaso de sagradas Musas. Con esto se cumple el fin de EL ASUNTO, que me encomienda Amor, en el cual tus bellezas han sido como ingeniosas trompetas, que me infundieron el ardor: las virtudes, que caen del cielo de tu rostro, han sido sol y lanza, y estoque honrado, con los cuales he combatido en arenga de gloria contra quien te ofende. Así pues, tú, mi graciosa Ninfa tal que Cíterea, acepta y agradece con benigna frente estas hasta aquí fatigas mías; las cuales antes me encomendó en sueño Amor, y en que después me esforzó tu vigilante belleza: sea esta defensa mía un pequeño motivo, de lo que

me dispongo ahora a hacer en pos, y exaltación de tus esplendores: Esta anterior fatiga mía, si en ella fijara los ojos, conocería ser verdadero efecto de tus ojos, causas demasiado bellas, y sublimes; porque yo fui casi humilde cornamusa, o siringa, en quien tú pusiste el espíritu, y el sonido con la florida boca, fertilísimo Céfiro de Amor: y si he esparcido el rocío de mis ojos sobre tu imagen en mi pecho pintada, es que conviene, que tú aún me seas cortés con aquel aura suave, con que das ánimo, y sentido a las cosas privadas de uno, y del otro; pero (¡ay de mí) ¿por qué llamo yo aura a aquellas llamas, que mudan el natural hábito de hacer estériles las cosas, y son razón de copiosa fecundidad en mi alma? No diré, no, que los encendidos relámpagos de tu belleza sean móviles rachas de viento; porque estos los producen los más innobles de los vapores de la tosca

tierra, y aquellos tienen origen en el puro ardor del Sol invisible, y claro.

A ti, pues, celeste fulgor de Dios, que dejas vez en el cielo de su rostro, y que tienes por trueno un suave concepto de la armonía celeste, a ti dedico, y consagro esta mi defensa, a ti como mío celestial objeto consagro todas las fatigas, y mis pensamientos más bellos.

FIN³

³ Impreso en Treviso, por Domenico Amici. Con licencia de la Autoridad, 1593.

L'ASSONTO AMOROSO IN DIFESA DELLE
DONNE

Cesare BARBABIANCA

DELL'ACADEMICO SOLINGO

IN TREVIGI, M.D.XCIII

Appresso Aurelio Reghettini , Libraro sotto la Loggia

AL MOLTO ILLVSTRE SIG. MIO OSSERVANDISS.^{MO} IL SIG. HORATIO
RVINO.

E di costume all'honorata professione di Cavaliere prender la difesa, hor con la spada, hor con la lancia, in tutte l'occasioni, delle innocenti Donne. Onde si legge, che Perseo volando oltre i liti di Soria, e vedendo lui legata ad un scoglio la bella Andromeda per esser divorata dal Mostro Marino, stringe il ferro, e scoperse lo scudo in sua difesa, liberandola da sì ingiusta morte. Et in conformità di questo il Poeta Ferrarese induce Ruggiero à dir queste parole,

Che la cagion, ch'io vesto piastra, e maglia,
non è per guadagnare terre, ne argento,
ma sol per farne beneficio altrui,
tanto più belle Donne, come vui.

Hora vedendo io, che non una sola Donna, ma tutta la nobiltà, e gentilezza delle Donne è miseramente lacerata da alcuni temerari, e ingiusti; mi è parso degna cosa, che questa mia compositione in difesa loro, non avendo tanta vehemenza quanta si converrebbe, sia dalla protettion d'un Heroico Caualiere, ch'è V. S. molto Illust. aiutata, e resa perfetta, supplendo à i mancamenti dell'Autore: accetti dunque ella insieme con questo picciol segno de gli oblighi infiniti, ch'io le porto, un impresa conveniente all'animo suo generoso: ch'è di raccor sotto l'insegne del valor suo la protettion di bellezze sì famose, e riverite al mondo. Et le bacio le mani. Di Capodistria à 19 di Giugno 1592.

Di V. S. molto Ullust.

Affettionatiss. Serv.

L'Academico Solingo.

A quella Celeste, e serenissima luce, che raccolta in pargoletto, e leggiadro volto, suole con un bel giro rapire, e innalzar gli humani intelletti à quelle eterne Idee: suo feliciss. obietto, e caro nido de suoi pensieri.

L'Academico Solingo.

Se l'herbose Campagne, et i molli prato nella stagion di Primavera, ricevendo gli influssi da i lumi superni, et variandosi nella lor verdura di mille stellate bellezze, sogliono indrizzar al istesso Cielo quei medesimi fiori, et quelle medesime bellezze. Per qual cagione, ò mia bella meraviglia d'amore, non indrizzarò io a quelle serene stelle de gli occhi vostri queste mie prime fatiche, havendo ricevuto da loro tutto quell'ardire, et quel spirito, con che hò mosso la penna? Ben si conviene, che havendo qualche poco di vita le cose mie, riconoschino in voi quella bellezza vitale, cui solamente è propria virtù d'immortalare, et far eterne le cose volgari, et base. In questa maniera forse sorro Poetica fintione dimostra la bella Citherea, che trasportava per l'aria l'amaro Adone sopra il carro tirato da i Cigni; cosi la bellissima Citherea del vostro volto trasporta, et rapisce l'animo mio sopra le stelle, facendolo contemplator delle superne Idee.

Ma, accio vegga il Mondo il ritratto di tanta bellezza, hò voluto elegger un più nobil mio pensiero a tanta impresa; volendo, ch'egli sia il Pittore, su come l'ha ritratto perfettamente nel mio core. Et cosi voi mirando le proprie sembianze e, forse conoscerete le mie piaghe, che da quelle sono causate; havendo pietà dell'acerbe mie pene. Risplende dunque fuori del corpo la gentilezza dell'animo, in quella guisa, che fuor delle candide nubi risplende la serenità del Sole: il bel crine togliendo il lustro alle ricchezze del Gange, si dimostra sotto un nero, et sottilissimo velo d'intorno alle tempie, come tanti vaghi nuvoletti d'oro: le guancie non sono in tutto vermiglie, ma inchinando più tosto alla candidezza, fanno che i ligustri contendano la palma co'l purpureo della grana. I labri, soavi ministri del bacio d'amore sono ornati, e coperti della vivezza della pudica rosa, et forse anco chiudono in se stessi quei dolci humori, che hanno le rose: si dimostrano i denti nelle parole, e nel riso, come tante minute stelle del Cielo ne gli equinoty sereni dell'anno: s'io descrivessi

gli occhi, direi che nascondono un certo giro soave, che non trahe al puro nero, ma di color cilestre, e distemperato con un sereno lucido, e chiaro: la Persona appare di statura anzi leggiadra, che robusta: nel movimento su scorge certa maestà, et decoro, che nasconde ignota fiamma d'amore; et finalmente nel suo aspetto sembra dar solamente albergo a pensieri sublimi, et alti; ma (oihmè) perché vado io aprendo le mie piaghe? Perche tento di stringer que laccio, che tutto mi annoda, e incatena? Tacerò le Vostre lodi; per non dar biasimo alla mia penna, che non solo non può volar tanto alto, ma rozissima su dimostra à così bella materia. Et ponendo ritegno à que affetto, che non può essalare in questa carta, la bacio riverentemente le delicate mani.

DELL'ECCELL. S. BARTOLOMEO BVRCHELATI FISICO.

DONNE, che honor bramate,
Anzi che il uostro honor spieghi, et illustri, illustri
Per uiuer fecoi, non che gli anni, e i lustri: Per viver secoi (con
sé)
Gradite il Difensor uostro il SOLINGO:
Di cui la libertate
Tanto ha per sua, quanto che Voi l'amate.

Quae meritò Dominae dignos optatis honores,
Imò à quo vester percelebretur honos:
Clarior ut uiuat, nedum per lustra, per annos,
Sed magè per cunctis saecla beata Uiris:
SOLIVAGVM, partes uestras qui iurè tuetur,
Colligite: hic uester semper, ametis, erit.

L'ASSONTO AMOROSO

Cara, e lucida fiamma di quell'Amor celeste, che dibattendo l'ali nel grembo di quella eterna, e increata Mente, accende l'universo; e quindi fa piover à questo inferior mondo tutte l'herbe, i fiori, le fronde, le selve, gli animali, e finalmente le bellezze tutte della Terra, del Mare, dell'Aria, e del notturno Smalto celeste. Tù soave, e amorosa fiamma; che, essendo effetto di quell'altissimo Amore, ti appaghi, e compiacci di far risplender un tuo bel raggio nel volto di colei, che tacendo m'impone, e commanda à scriver in difesa di se stessa, e di tutto il sesso femminile. Tù eminente fiamma detami quelle cose poco inanzi vedute, e udite in sogno, che per me solo non so capire, non che altrui spiegare. Tù, tù fa volar la mia penna soura il volo dell'Aquila, e della Fenice; poiche ne più bella impresa, ne più giusta ornó giamai di Lauro la fronte à Poeta, ò Scrittore alcuno. Et siano questi i primi frutti dall'acerbità de gli anni miei, e da gli auspicij fortunati de nostri amori prodotti: che ben si conviene, che dia tributo il riuo al mare, e il picciol raggio alla gran luce del Sole.

Era nella stagione, qundo co i taciti silentij volano l'ombre notturne sotto il ricamato Cielo; e che in ogni bosco sotto i virgulti, in ogni seno di mare sotto l'onde, e finalmente in ogni parte del mondo sotto qualche riparo giacciono addormentati gli augelli, le fiere, i pesci, e gli humani spirti; che per le fatiche del giorno haveano i membri lassi, e travagliati: solamente io misero co'l pensiero inquieto, e impatiente me ne volava all'amata bellezza; contemplando quei splendori, che sono soavissimi incendij del mio cuore. Quando al fine chiudendo gli occhi ad un languido sonno verso l'alba, ecco mi parve in un subito esser trasportato non so da che divino auriga nel bel monte di Cipro; dove già per favole fin' hora creduto hauea, che fusse l'albergo di Cupido, e della bella Venere; Ma, oihmè, che nel sogno mi pareva

vero, & non più favoloso quello, che scrivono i Poeti. Percioche vidi in un leggiadro, e ameno Bosco essere quiui il seggio d'Amore; che, fatto Giudice delle querele amorse, ascoltava con benigna orecchia le declamations del gli Amanti, e gli infortunij di questo, e di quello. Era il Bosco tutto ombroso di Mirti soavissimi, e di qualche inuitto Lauro; che con lor ombre faceano grata l'Estate, e co i fiori gioconda la Primavera. Ma in mezo di questo appariva con la minuta herbetta un disteso, e spatioso prato, tutto cosparso di mille varietà di narcisi, amaranti, giacinti, gigli, e d'altri nobilissimi fiori: et in capo di quello, quasi formando una bellissima Scena, si vedeva composta di bianchi marmi, e d'alabastri la residenza regale di Cupido. Quiui egli auea d'intorno grande, e folta turba d'Amanti, che à suoi piedi accusavano l'Amate loro, e dall'altra parte queste faceano co i pianti, e con le dimostrationi de i lamenti aperta la propria innocenza. Haveva Amore dal manco lato le pene, e alla destra mano i premi, con che hor pagava, e hor flagellava i suoi soggetti; onde si vedeva alla sinistra per pene la Gelosia impatiente, e vigilante con mille occhi: eravi appresso la desperatione, che sempre l'accompagna, i sospiri, i pianti, le sospittioni, i sdegni, i dispetti, la rigidezza, ingratitude, e un poco più lontani i dolori, ma non tanto, che ad vn sol cenno non fussero con quelle prime tutti cógiunti. Dall'altro canto si scorgea per premi il bacio amoroso con la pace, co'l riso, e con l'inviolabil fede: ne molto longi erano gli abbracciamenti, le lusinghe, i vezzi, l'allegrezza, la cortesia, il diletto, la corrispondenza amorosa, e un choro come di Ninfe, ch'erano le gratie, e i favori d'Amore. Erano d'intorno à gli obelisci, e alle colonne appese molte tavole di voto, ch'erano poste per segno de gli infortunatij occorsi à gli afflitti Amanti; per ciochesi vedeua in quelle pitture alcuno, che ingelosito della sua amica s'havea preparato il laccio, ultimo refugio dei ciechi innamorati, per finir la vita: alcun'altro, che abbandonato de lei s'appoggiaua col fianco alla punta della spada per passarsi il petto: e altri, che vedendo morta la sua Donna volea precipitarsi giù d'un alta ripa, ò d'un scoscese monte. Ma Amore, sedendo nel suo seggio, teneva invece di scettro un suo dorato strale in mano; e la benda, che prima solea tener legata à gli occhi, havea per candido, e regal diadema cinta alla fronte sopra i confini del crine: l'arco, e la faretra era da un canto vicini apparecchiati ad ogni sua

richiesta; e in questo mezo mille pargoleti Amori gli somministravano i suoi bisogni, e obediavano à i cenni.

Hora, mentre ce io tutto stupido, e ammirativo lodo, e contemplo quelle nuove maniere di giudicij, di querele, di liti, d'orationi, e declamationi amorose; sento da un di quegli Amanti citarmi dinanzi alla ragione d'Amore, e con voce hor grave, hor acuta, hor con un sdegno, e hor con un riso di disprezzo s'estende in accusarmi, ch'io senza merito alcuno sia tanto audace, e temerario tanto, ch'ardisca amar una Donna la più bella di faccia, la più virtuosa d'animo, la più gentile, e accostumata di maniera, che si ritrovi fra quante raccogliano in vaga, e dorata treccia i lunghi crini: costui dimostrava con molte ragioni, ch'io doveva esser punito di troppo ardire, havendo havuto animo di por le mani nel più ricco tesoro d'Amore; e ch'io, fatto quasi sacrilego, habbia tentato di posseder quel cuore, che solo è preseruato per Tempio d'esso Cupido. A queste accuse io dall'altro canto rispondeva, che non era stato mio ardire, ne mia audacia l'amar una Donna sì grande; ma, sforzato dal legame della sua bellezza, m'havea donato per prigionero, non per Amante: e che io m'era restrinto à far questo, costretto dalla necessità amorosa, che non ha legge, ma à tutto il mondo impone legge. Così io diceva, accompagnando alle mie difese per chiari testimonij le lagrime, e gl'interrotti singulti, che m'abbondavano in grandissima coppia. Il che hauendo sentito Amore, e considerando ben le ragioni dell'una causa, e dell'altra, mentre era vario il mormorio de gli Amanti, che parlavano chi per questa, e chi per l'altra parte, e à punto per dar fuori la sentenza inchinando l scettro alle sue parole; quando ecco si sente da longi un'alto romore di lamentevoli pianti, e di gridi, con un percuoter di mani, e un misto suon di voci, che giongevano fino al cielo, dimostrando chiarissimi segni di qualche accaduta sciagura: tutti allhora interrompono i loro parlari, si fa silentio in ogni bocca; e tosto cedendo luoco in quella parte, dove perveniva il pianto, si lasciò spatiosa l'entrata. In questo mezo scorgemo tutta lacerata il crine, con la faccia china, con gli occhi lagrimosi, co'l petto tutto rubicondo di battiture, e con la veste in ogni canto strasciata la famosa Bellezza, che accompagnata da lunga schiera de' piccioli Amori, e dalle tre Gratie di Parnaso, causava questi sì grandi, e strepitosi pianti. Allhora tutti noi d'intorno s'urtamo, prememo, e

con gran fatica su cacciamo inanzi; meraviglioso ogn'uno di questo accidente, e desideroso di sapere quello, que dir volesse: et ella fattasi inanzi al tribunal d'Amore, poi che s'asciugò le lagrime ruggiadose, e acquetò i sospiri, che a solta schiera le vsciavano dal petto, incominciò con vn rotto essordio (mossa così dal dolore) à lamentarsi in questa maniera. O amoroso Amore; tù, che non lasci impuniti i mali, ne mal ricompensati i beni, ecco io quella tua Bellezza, con laquale il tutto vinco, il tutto soggioghi, il tutto accendi: quella bellezza, da cui tù prendi le forze, à cui tu indori le tue saette, e in cui riponi le tue vittorie; ecco io ricorro à te lacerata, e biasimata da un ingiusto, e crudellissimo, che con penna temeraria, e mendace ha preso ardire di far infame quel nobilissimo sesso di Donne, che diedero già fama all'universo Choro di Parnaso: costui hà biasimato quel scelto, e gratioso drapello, che partorisce, e conserva il Mondo, e che fa ambidue noi più potenti, e più temuti. Mira ò Amore, che costui s'arrogga il Lauro alle sue chiome con nostro biasimo; e non vuol riconoscer, che pur quelle fronde nacquero prima da una bella Donna sospirata d'Apollò. Questi è sorse più scelerato, e più empio di quel Diomede, che ferì con un suo dardo la delicata mano alla bella Venere, quando volle ricoprir dal colpo il suo fratello Enea nel assedio di Troia; ò pur questo si ingiusto Scrittore e disceso da quel sangue, e da quella progenie di quel iniquo Greco. Non lasciar nò, che si nefando peccato ne passi dalla tua giustitia impunito; poi che non farai più da i mortali temuto. Fulmina, e abbassa quell'orgoglio più degno di castigo, e di pena di Encelado, di Tiseo, e de gli altri fratelli Astrei: che io già tanto fastosa, e altiera Bellezza, hora humile, e lagrimosa mi getto à i tuoi piedi, chiedendo da te giustitia alle mie offese. Queste, e altre simili esclamationi faceva quella bella Dea, laquale così nell'atto di mestitia lampeggiaua fuori delle nubi del duolo un soave lume di meraviglia, a d'amore, e la pietade accompagnata con le maniere gentili, e celesti partoriva nell'animo di tutti un laccio comune, che astringeua ogni occhio à lagrimar seco. Ma Amore facendo ch'ella racchetasse il duolo, le promise sopra la sua face, e per le potentie de i strali d'oro, che ne darà grandissimo castigo, e emenda à chi offesa l'havea; e indi rivolto à me, che stava da parte co'l cor palpitante in aspettando la sententia dalle mie accuse, con alta voce disse; che io dovessi per puniton del mio

ardire, prender L'ASSONTO si scriver, e risponder à colui, che contra alle Donne si mendacemente scritto havea.

In questo mezo, mentre io volea iscusarmi tuttauia con Amore, ch'io era debolissimo soggetto à così grave, e importante impresa; spuntò fuori del primo cofin dell'Orizzonte la vaga luce del Sole, che, apportando bellezza, e ornamento all'uniuerso, mi destò dal sonno, nel qual fin'hora creduto havea d'esser stato vigilante, e più che mai accorto. Dunque per obedire à quanto Amor mi commanda, e per aggradire à quel bel lampo della mia Donna, che in silentio mi suade, e costringe, perdonami ò Musa, s'io ricchiamo dalle tue amenissime ombre, e s'io ti desto dal tuo lungo riposo. Poi che coloro, c'hanno impero sopra te, e me, questa volta ci impone à ritornar alle antiche nostre fatiche.

Dice rimamente il Maledico, che Donna porta seco il nome di danno; e facendo un certo più sottile, che verace bischiccio, scherza, dicendo, Donna donatrice di danno:

nel che si ritrova molto inganno di questo: poi che, se è vero quello, che dice il Filosofo, che la denominatione si fà dalle cose più nobili, sarà anco vero certamente che la Donna prenda la sua ethimilogia più tosto dal signo seggiare, che d'altro; essendo che Donna è parola tradotta da quella voce latina, che suona Domina, cioè, Signora, nata veramente per Dominare, e signoreggiare; onde perciò si attribuiscono à i Prencipi, e gran personaggi questi nomi, Donna Marsisa da Este, Donna Giulia Gonzaga, Don Hippolito, e Don Cesare da Este, e c. Ecco adunque chiarissima interpretatione del nome della Donna, che suona Signora dell'universo; lasciando da parte molte e molte autorità de Poeti, de Filosofi, d'Historici, e d'altri Scrittori.

Vengo poi à quello, ch'ei dice, che sempre fingono d'amare; quasi che voglia dire (si come in molti luoghi apertamente lo dice), ch'ascondono in se stesse la fraude, l'inganno, e ogni crudele, e perversa cosa. Bisogna, che in ciò io prenda alto principio per maggiormente profundar, e precipitar questa sì erronea sentenza. Queste Donne ò sono belle, ò sono brutte, & deformi: se sonno brutte, chiara cosa è, che non siano amate, essendo solamente obietto dell'amore la bellezza; e per conseguenza non essendo amate, no sono obligate ad amar alcuno di quel amor, ch'egli intende; onde no cade in loro riprensione di crudeltate, ò ingratitudine alcuna. Se poi sono belle, bisogna che

costui mi conceda, ch'elle non habbiano un'animo ricetto della malitia, e della fraude; percioche, si come vuole Scocrate Maestro del diuin Platone, un bel corpo copre anco un'animo bello: e Plotino scrisse, che giamai nessun bello fu cattivo: anzi vogliono la maggior parte de' Filosofi, che dalla bellezza, e bontà dell'animo risplenda la bellezza della faccia del corpo.

Si come si vede nella sensibile apparenza del Sole, che rinchiuso in una chiara nube, suole mandar fuori d'essa nube i suoi raggi, e farla tutta leggiadra di color di rosa. Et Porfirio ne fu testimone, ch'ogni volta che l'animo di Plotino s'alzava à qualche sublime grado di contemplazione, si scorgeva chiaro nel suo volto un bellissimo splendore, che rendeva meraviglia à chi lo mirava. Et Moisè, quando discese dal Monte, dove prima sollevò l'anima sua à parlar con Dio, si legge, che niuno poteva riguardar la faccia di lui, tanto era lucida, e risplendente; oltre che ne fa certi di questo molti argomenti addotti da diversi Filosofi, e ch'io tuttavia potrei addurre di nuovo; tra quali dirò solamente questi. Se sono buone tutte quelle cose, che più s'avvicinano à Dio; dirò in vero, che la bellezza è perfettissima, essendo ella vicinissima à quel beato, e divino fonte. Et poi che la cagione de' corpi belli discende solamente della forma, si come la bruttezza proviene dalla vile materia; onde non per altro si dice difforme una cosa, se non perche si parte dalla forma; e per contrario si chiama formoso tutto quello che viene illustrato da quella forma; e splendo essa forma nella faccia di bella Donna con maggior potere, di quello che può fare oscurando la materia (chiamandosi perciò il Sole, la Luna, e le Stelle da Themistio solamente forme, e non corpi informati, perche quasi sono semplicissime forme, non partecipando, se no poco della materia) chiara cosa è che questa bellezza è risplendente nel volto di queste Donne, sia verace, e necessario indito dell'animo loro perfetto, e buono. Oltre di ciò non s'intende chiaramente per relatione di Tolomeo prencipe degli Astrologi, che Venere, e Giove più benigni tra tutte le sette Stelle erranti, siano anco cagioni con loro opposto aspetti di tutte le bellezze della Primavera è poi che da loro influssi, che procedono nel mirarsi l'un l'altro causano le ghirlande de i prarti, le chiome de gli alberi, i vestimenti delle campagne, e finalmente tutta la famiglia di Zefiro, e di Flora? Et il saggio Petrarca in un suo leggiadro Sonetto vuole, ch'essendo bellissima la sua Laura,

sia nata allhora, che il sesto cielo co'l suo raggio era converso à mirar la Figlia Citherea, laquale nella terza Sfera hà il suo splendore. Ma non solo nelle Stelle, si vede, che questa bellezza, e bontà sono tra loro corrispondenti, si che la bellezza sia inditio di conoscer la bontà coperta, e questa esser vera cagione d'essa eterna bellezza; percioche anco si conosce nelle cose quà giù sparse nell'ampio grembo della Natura; che la rosa, la viola, il candido giglio tra tutti i fiori bellissimi sono raccolti da i Medici per le virtù, e perfettioni loro. Et chi mi negherà mai, che il rozo Faggio, e la ruvida Quercia, essendo bruttissime piante, non siano per pasto con lor ghiande à gli animali vili solamente; e per il contrario il vago Arancio, il Pino, e gli amenissimi Cedri non siano cibo à gli huomini, e à gli huomini più illustri? Et chi non sà, ch'anco le gemme più belle hanno virtù maggiori? Si come il Topatio, è'l Smeraldo in far casto colui, che li porterà addosso: il Sardonio, e la Siderite nel farlo gratioso, e Amabile: e l'Adamante, e'l Garatonico nel farlo animoso, e vittorioso nelle battaglie.

Ma che più bisogna dire per dimostrar, che si nasconda sotto questa bellezza la bontà delle cose? Se sino nel mondo del parlare non si può la beltà proferire senza intender la bontà appresso nascosta? Essendo che dicendosi che il mare è bello, s'intende allhora, che è placido, e buono: e si chiama allhora bello il cielo, che à guisa di pomposo prato dimostra i suoi fiori tutti lucidi, e chiari; quando nella nuova stagione piovono da quelle sfere i fecondi influssi alla terra. Hora, ò Scrittore nemico della beltà femminile, se t'ho dimostrato ne gli huomini, nelle Stelle, ne i fiori, nelle piante, nelle gemme, e in somma nelle superiori, e inferiori cose la bontà, e bellezza legate insieme di laccio prezioso d'oro; perche ardirai tù di dire, che queste Donne risuonino co'l nome danno? Che sempre fingono d'amare? E che hanno sempre in se stesse rinchiuse tutte le malitie del mondo? Guarda, ò Mentitore, che non t'accada quell'istesso, che intervenne à Stersicoro Poeta, il quale havendo ne i suoi versi biasimato la bella Helena figlia di Leda, fu da Gioiue acciecatto della vista de gli occhi; e ritornando in medesimo à lodar essa Helena, e mentir se stesso, gli ritornò di nuovo la perdita luce. Guarda misero, che non incorri in quel medesimo infortunio, che nel biasimar le Donne occorse ad Orfeo, quando meritamente fu da loro ucciso. Riconosci,

riconosci in te stesso l'errore, prima che ti cada sopra quella tremenda, e spaventevole ira d'Amore.

Hora mi rendo sicuro, che se bene questi soli argomenti, co i quali hò dimostrato la bellezza del corpo esser lucida nube della bontà dell'animo, serebbono bastanti à rimuover, e atterrare in comune tutto il fascio delle prove contrarie addotte in quel discorso.

Tuttavia discenderò à particolari, e di capo in capo risponderò loro con quella maggior brevità, che sia possibile. Et à quello, ch'ei dice affermando, che le Donne amano per l'utile, che cavano da' loro Amanti; rispondo, che l'amore nasce per lo più da vna di queste due cagioni, da propria elettione, ò da conformità di sangue. Non si può dir già, che dalla elettion volontaria, mosse esse Donne, amino per utile, perche farebbe l'affermare un troppo grave inconveniente (havendo l'istesso Scrittore nel la sua divissione posto da parte quel capo, che fingono d'amare, e essendo anco da me poco inanzi ribattuto) affermando, ch'elle per propria elettione amino per cavarne utilità alcuna. Percioche amando elle da douero per questo fine d'utile, bisogna conceder, che amino il lor danno; essendo che, mentre si ama, si viene à perder se stesso; del che se ne meraviglia l'Ariosto in quei versi del Cant.24.stan.I.

E qual è di pazzia segno più espresso,
che per altrui voler perder se stesso.

Hora chi farà così pazzo, e del tutto forsennato, che per utile alcuno, quantunque sia di Reami, e d'Imperi, voglia poner il prezzo della propria vita? E ciò fare per volontaria elettione niuno certo: perche anco gli animali brutti, e gli alberi insensati procurano di conservarli. Imperoche la Madre Natura hà inserto à tutti nell'animo di conservar la salute propria: e perciò si vede nelle piante, la foglia, e'l ramo con aperte braccia far difesa, e riparo dalla tempesta, e grandine soverchia al proprio tronco, dove consiste la vita delle istesse piante: nelle conche marine si vede, che sono ristrette da due sorti, e duri scudi per fuggir d'esser cibo à gli altri peci. Et se in tutte le cose la Natura hà dato questo istinto di conservarli, e fuggir la morte, per qual cagione si negherà solamente nelle Donne, animali di ragione, e discorso?

Perche si dirà, che queste cose perdono il conoscimeto della propria vita, e bramino spenderlo per l'amato; imitando Alceste, citata nel conuiuio di Platone, che s'espose alla morte per il proprio Marito. Non credo nò, ch'alcuno lo voglia credere; ne mi par che si possa con alcun sofistico sillogismo provare. Et meno si può dire, che per conformità di sangue amino queste Donne con fine d'utile, se queste inclinatione, ò conformità (come vogliono i Fisici) nasce dalla temperie delle qualità corporali, che solamente inchina gli animali ad un semplice amore, e benevolenza di cuore, di maniera tale; che non esce à riguardar alcun fine eterno, fuori che all'obietto amato, e solo questo amore è rivolto à coloro, che non si conoscono, si che quest'amor solo precede alla cognitione; essendo tutti gli altri deriuati dalla precedente vista dell'amante nell'amato; si come vuole il Filosofo nell'Ethica, ponedo ciò quasi per cosa necessaria. E'molto ben descritto questo amore d'inclinatione d'animo, ò conformità di sangue dall'Ariosto nel suo Poema Heroico nel Cant.xj. quando indice Rugger à veder la pugna d'un Caualiere contra uno Gigante, dicendo,

Ruggier si ferma, e à la battaglia attende,
e tosto inchina l'animo, e desia,
che vincitore il Caualiere ne sia.

Che non amino per la robustezza del corpo lo fa chiaro l'argomento in contrario poco inanzi addotto; e che parimente non amino con tante instabilità d'animo la bellezza corporale ne fa certi, e sicuri una infinità d'esempi, ch'io potrei addurre di quelle Donne, che anco dopo morte hanno amato gli Amanti, e Mariti loro, Si come si può dire della costante, e più generosa Portia, che non potendo havere il ferro, ministro della sua morte, prese le accese bragie, in segno d'esser meriteuol moglie dell'inuitto Brutto. Che dirò d'Artemisia, che eresse que sì famoso Mausoleo annorevato ne i sette miracoli del Mondo? Laquale sempre conseruò l'amore fino alla propria morte?

Et come si potrà mai lodar tanto quella Berenice, che consacrò fin le sue chiome al sepolchro del Marito; onde poi furono traslatate meritamente in cielo à splendor nella serena notte? Taccio mille, e mille altre famosissime Donne, la cui gloria

risplenderà eternamente à par delle Stelle; delle quali in dishonore non accade allegar già detti, ò sentenze di Filosofi, Poeti, Oratori, ò santi huomini, come Diogene Cinico, Pitagora, Seneca, Terentio, il Padre glorioso S. Girolamo, S. Agostino, S. Bernardo, e altri; perioche quelli sempre hanno cavato fuori le buone, le caste, e honeste Donne, biasimando solamente quel picciol numero d'empie, e scelerate, che nascono tra loro, come nasce la spina tra i fiori, gli horrori tra le Stelle, i Mostri tra i bellissimoi parti della Natura; onde ben si può dire, come già disse il gran Poeta Ferrarese, che havendo cantato in dishonor di Gabrina, si corregge con dire, che non biasimò però tutte le Donne, ma solamente le perfide, e empie come lei. Cant.xxij.stan.2.

Per questo non oscuro gli honor summi
d'una, e d'un'altra; c'habbia il cor sincero.
Quel, che il Maestro suo per trenta nummi
diede à Giudei, non nacque à Gianni, ò à Piero:
ne di Hipermestra è la fama men bella
se ben di tante inique è la fama men bella
se ben di tante inique era sorella.

Anzi se l'Historie non son piene delle laudi, e honor di questo virtuoso, e nobile sesso ne è stato causa solamente l'invida penna de'Scrittori, i quali sotto silentio hanno lasciato la gloria de i meriti loro, dicendo il medesimo Poeta Cant.xxxvij.stan.6.

E di fedeli, e caste, e sagge, e forti
state no son non pur in Grecia, e in Roma,
de l'Hesperide, il Sol spiega la chioma,
de le quai sono i pregi, e gli honor morti
si che à pena di mille una si noma,
e questo perche hanno à i lor tempi
gli Scrittori bugiardi, inuidi, et empi.

Ne già questo sofisticò Scrittore con quei Filosofi sostenere (come egli ellega nella sua opera) quell'argomento, che non si debba prender moglie, dicendo: l'huomo s'ha maritare, ò con la Donna bella, ò con brutta; se có bella, corre à rischio di tener la moglie à servitio d'altrui; se con la brutta, gli è un tormento; e pena continua. Percioche à questo tale argomento io risponderai

in tal maniera, offendendo lui con le proprie armi, con che cerca vincer altri: che se l'huomo, che si marita prende per moglie vna brutta, non corre à rischio di farla comune có gli altri; se préde per moglie una bella gli è un perpetvo contento, e allegrezza al mondo. Così ritorquendo il proprio argomento, vengo à rivolger in lui la punta di quella spada, ch'egli havea spinta verso il mio petto. Oltre che, se consideramo questo santo matrimonio, vedremo in vero, ch'è instituito e dal sommo Iddio, e dalla Natura, e dalle leggi, e finalmente par che fino il desiderio d'una perpetua gloria ce lo suada, e insegni: conciosia che, se quei Cesari, quei Pompei, e quegli altri antichi Heroi facevano sotterrar nei monti, e alle campagne gran somma di medaglie, dove fusse sculto il loro ritratto, e facevano erger statue di bronzi, e di marmi per conservar il nome, e memoria loro; perche deve restar l'huomo di nó préder moglir, dallaquale ne può riceuer frutti tali, che non sotterra in medaglia, ò una immobil scoltura, ma in un soggetto di carne viva, e spirante alla vista di tutti dimostrano scolpita la vera imagine di se medesimo, non solo del corpo, ma dell'anima ancora? Percioche spese volte avviene, che il figliuolo non pur nell'aspetto della faccia, e dei membri, ma anco ne i costumi, e ingegno rassomiglia al padre: e in questa maniera di generatione in generatione viene a conservarsi immortal nel seme de i figliuoli, e successori suoi, che più bella Fenice, che si abbruggia, e rinnova se stessa, si può di questa ritrouare? Che più bell'incalmo, ò inesto per conseruarsi in questo giardin del mondo si può del matrimonio bramare, è sperate? Tacciano tutte le scritture, poi che la Scrittura Sacra lo comanda, e instituisce: ne s'interpongano in questo i bugiardi, e profani Poeti, Filosofi, e Oratori, che come cieche talpe s'acciecano al lucido raggio del Sole; e come Icaro con l'ali deboli di cera cadono al basso, sommergendosi in mare.

Dall'alta parte consideramo un poco (poiche habbiamo có la spada della giustitia tronche, e risecate le ragioni di costui) di quanta nobiltà, e dignità sono i costumi, l'animo, e la bellezza di queste Donne. Elle in vero non solo in lettere, come Corinna, Aspasia, Cornelia, Damofila, Saffo, e una Vittoria Colonna, e una Veronica Gambara à i nostri tempi; ma anco iun arme sono state famose, come Harpalice, Camilla, Hippolita, Pantafilea, Semiramis, Cleopatra, Fulua, e infinite altre, c'hanno lasciato i

lor nomi nelle Historie, e ne gli ampi fogli de i Scrittori. Hor chi non sà, che la fistula di Pane è stata ritrovata dalla sua cara Siringa? Chi non vede, che il Lauro da coronarli la fronte di gloria è stato dalle braccia della bella Dafne prima risorto, e cresciuto? Chi mi nega, che le Muse non ci favoriscano nel canto sopra i colli di Parnaso? Dunque se ogni fronde di gloria, se ogni bellezza di suono, se ogni favore di canto ci è solamente concesso per mezzo delle Donne, perche anco con le medesime cose non le innalzaremo al cielo? La pudicitia di Penelope da chi non è lodata? Quella di Biblia, di Lugretia, di Sofronia, di Zenobia, di Sulpitia, di Pontia, di Sirthia, di Martia, e di mille, e mille altre che non prende per specchio, e essemplio al mondo? Di che costantia è stata Cornelia, che dopo hauer perduti dodici figli, e haver visto occisi Tiberio, e Caio Gracchi, essendo commiserata da tutte le Donne Romane, rispose có animo inuito, non mi chiamarò mai infelice hauendo partorito i Gracchi? Sofonisba prefe magnanimamente il veleno, che le fu mandato in vn vaso da Massinissa: Soffia vide tre sue figliuole uccider da i ministri d'Hadriano senza mandar fuori pur un sospiro: Rutilia hauendo perduto l'unico suo figliuolo non gettò pur vna lagrima sola: Taccio di Clelia, e delle Donne Sparthane, quando hebbero la nuova della uccisione di Leonida per le spade si Serse; e vengo a dimostrar solamente di quanta fama furono in bellezza, vera corrispondenza de i costumi dell'animo bello. Ne i boschi si loda di bel volto Amarillide, Licori, Filliria, Siluia, e Tirenà: nell'onda del mare si essalta di bellezza Thetide, Calipso, Nisa, Arethusa, Galathea, e tutte le figlie di Nereo: Ne i sereni campi dell'aria vien tenuta bella da tutti Clori sospirata da Zefiro, l'Iride, Deiopea, e altre Ninfe di Giunone: Nel cielo fra i bei splendori delle Stelle è famosa la chioma di Berenice, Andromeda, Calisto, Arianna, Venere, Cinthia, e altre stellate imagini, e pianeti celesti. Et pur non sono state degne queste per la loro bellezza d'essere amate da i Dei, si come fingono i Poeti? Herse, Clitia, Leucothea, Garamantide, Leda, Samele, Danae, Psiche non furono amate da Mercurio, Apollo, Giove, e dall'istesso Amore per la bellezza loro?

Ma che più m'assotico? Queste son pur quelle Donne, le cui chiome sembrano i rai del Sole, la cui fronte vince il candor celeste, le cui ciglia sono à guisa de gli archi notturni delle

Stelle, sotto i quali si muouono cò varij aspeti gli occhi, che à punto in se stessi rassembrano il moto, la virtù, e'l giro d'esse Stelle, le guancie rassomigliano la gratiosa, & colorita Aurora, la bocca appare quasi vn soaue lampo del cielo, doue s'odono formar quelle parole di soauità non men chiare, e eccellenti di quell'armonia dell'eterne sfere, e in somma il loro volto è un terrestre cielo; onde ben par che lo dipinga il Tasso, famoso Poeta in quel Sonetto.

Spettacolo à le genti offrir Natura
volle in angusto spatio il Paradiso,
en nel seren di pargoletto viso
formò due Soli ardenti oltra misura.

Queste Donne son quelle, che, essendo mirate da noi, per mezzo lo sguardo ci innalzano di grado in grado alla contemplatione delle cose celesti; e indi l'anima nostra racquistò l'ali perdute con eminente salita tratta l'aria, fende le nubi, trapassa le sfere, sormonta al cielo empireo, e fatta contemplatrice di quelle eterne Idee, si conosce cittadina del Paradiso, e brama di lasciar questo terrestre carcere humano. Il che non solamente fa l'amante dotto, e civile, ma anco quell'amante, che in tutto semplice, e rozo non conoscerà à pena la presente vita, e pure per mezzo di questo soave sguardo dal puro instinto naturale perviene à poco à poco nel sublime estasi d'amore, si come il nostro Vida famosa memoria nella sua Filliria la dimostra con gentil modo in persona d'un Pastore innamorato, nell'Atto primo, Scena seconda.

Amico Helirio

Io non ti poteri dir, che affetto sento
quand'io rimiro il suo leggiardo viso:
sento rapirmi, e alzarmi a poco a poco
sopra i rustici boschi, e fuor de l'ombre
espormi in chiara luce, oue m'abbaglio:
sento, (e no'l posso dir in roza lingua)
certo nobil pensier, che mi raccogli
in me medesimo, e m'appresenta innanzi
sue virtù tutte, di che bella splende.
Indi mi innalza a contemplar le Stelle,
mente gli occhi contemplo, spesse volte

ne la notte oseruai gli erranti lumi,
 dicendo in me, corre una Stella a l'altra
 mossa d'Amore, dunque è innamorato
 anche la fuso il cielo ? hor quale amore
 deve esser quel, se tanto dolce è questo?
 E se questa beltà tanto s'ammira,
 quanto è ammirabil più quella celeste?
 Ahi non chiedo più gregge, sdegno homai
 i tugury, se zelue, i rivi, gli antri,
 che mi sembrano belli, belli a gli occhi;
 ma a l'animo non già, che par, che brami
 quelle superne cose, e par che dica,
 ch'egli la sù fù generato prima,
 e come angel cerchi ritrarsi al nido.

Con quel che segue.

Dove apertamente si vede, ch'un semplice Pastore, contemplando le bellezze della sua Ninfa, diventa à poco à poco Filosofo, e contemplatore delle cose divine, mentre riconosce la sua origine esser di la su nel cielo. Et anco l'afferma Muser antichissimo Poeta, e Propertio, che da questa potentia visiuia de gli occhi dell'amante nell'amata Donna nasce nei petti humani l'amore, che por solleva gli animi al Paradiso: e quindi avviene, che Plotino s'induce à credere, che Eros (que in Greco suona Amore) derivi da quella parola, che significa vista, over sguardo de gli occhi; il che spesse volte anco s'attribuisce alla vista interna dell'anima; onde Aristotele nell'Ethica pone grandissima convenienza tra la vista esterna, e quella dell'anima, dicendo, non haver altra portione l'intelletto all'anima, che la vista al corpo: e per questo appresso Homero è lodata Pallade della bellezza de gli occhi, essendo essa Pallade intesa per la sapienza intellettuale. Adunque facendosi per mezo lo sguardo (che mira le bellezze del volto amato) felice transito alla vista dell'anima; e questa por alzandoli al Paradiso, contempla la divina bellezza; di qui avviene, che spesse volte l'amante brama di haver molti occhi, non due soli, per poter maggiormente mirare, e mirando godere, e godendo alzarsi con più veloce salto al puro divino Sole. Tra'quali amanti è Platone, che ha desiderio di trasformarsi in notturno cielo, acciò con mille occhi possa capire à pieno mille

bellezze dell'amato volto: ilqual concetto imita , ò pur con gentil modo traduce in tutto l'Heroico Tasso in quel Madrigale.

Mentre Mia Stella miri
i bei celesti giri,
il cielo esser vorrei,
perche ne gli occhi miei
fiso tù riuolgesi
le tue dolci fauille,
Io vagheggiar potesi
mille bellezze tue con occhi mille.

Queste raddolcendo nella bocca de i Poeti le lodi della propria bellezza, sono state cagioni della fama di quelli: perche il fiorito volto di Galathea fù la Musa di Vergilio, Glicera diede fama ad Horatio, Lesbia innalzò al cielo Catullo, Neera trasse fuori del volgo Tibullo, Cinthia transferì alle Stelle il suo Propertio, Licori fece immortale Gallo, Corinna con la Tromba di Gloria estosse Ovidio, Lauretta, e Bice i suoi cari Poeti il Petrarca, e Dante sanno sì gloriosi al mondo; e finalmente questi Sono i frutti delle beltà femminili, che prima, che di Lauro, coronano i lor Poeti d'immortal ghirlanda di Gloria.

Dunque, ò arrabbiato Scrittore, taci in perpetuo silentio, prima che ti souuenga pensiero vn'altra volta d'aprir le labra contra si honorato sesso: che per me credo, che allhora la tua mente sia stata mossa nò da spirto di Febo nò, ma dalla cruda Erina, da un spirto flagellato, e tormentato di gelosia ; e in somma da una disperata, e forsennata rabbia d'amore ; ò pure hai scritto così, mosso da quella vana ambitione di fama, che già spinse Herostrato à strugger in fiamme il bel Tempio d'Epheso in Grecia. Et la tua mano, che fece la Scrittura, ministra del pensiero; fù certo quel giorno senza valore , senza fede, indegna di stringer mai spada , ò toccar giamai il trofeo di Vittoria ne gli honorati essercitij di Marte, e d'Apollo: Ne quella tua ingiusta penna, che t'hà servito per instrumento à questo scelerato discorso, fù già d'Aquila, di Struzzo, di Pavone, ò d'altro semplice, e nobile animale; ma fù certo da sinistra ala di Corvo, d'Avoltore, ò pur delle oscure piume delle Arpie di Cocito, e d'Averno: ne vero inchiostro fu quello, con che scrivesti ; ma simile ad atro sangue

dell'immonda bocca di Plutone, che si pasce dell'Anime infelici, che (come dice il Tasso nel suo Goffredo') è così macchiata.

*E in guisa di voragine profonda
apre la bocca d'atro sangue immonda.*

I fogli della carta, dove spiegasti i concetti; furono tinti nel fiume Infernale di Lete perche per lo grave fetore, ch'indi ne uscia, fossero da ciascuno aborriti , e posti in tenebroso oblio.

Ma ecco fin qui, ò mia bella, e generosa Fiamma celeste , che ho impugnato , e strinto la penna contra colui , che sì fieramente hà biasimato le bellezze di quell'honorato drappello, ch'essendo tù in mezzo è fatto un choro di Gratie, una quarta Hierarchia terrestre, un leggiadro Parnaso di sacre Muse. Ecco fin qui adempito L'ASSONTO, che mi commise Amore, nel quale mi sono state le tue bellezze tante argute trombe, che mi diedero ardire: le virtù, che piovono dal tuo viso, mi sono state sole e lancia, e stocco honorato, coi quali hò combattuto nell'arringo di gloria cò tra di chi t'offese. Hora tù, mia gratiosa Ninfa dui Citherea, accetta, &e aggradisci con benigna fronte queste mie prime fatiche; lequali prima mi commise il sogno Amore, e poi mi sforzò la vigilante tua bellezza: sia questa difesa mia un picciolo argomento, di quello che m'apparecchio hora di fare in loce, e essaltatione di' tuoi splendori: questa mia prima fatica, se in lei affissarai gli occhi, conoscerai esser vero effetto de gli occhi tuoi, cagioni troppo belle, e sublimi; peroche io sono stato quasi humile avena, ò siringa, à cui tù porgesti lo spirto, e'l suono con la fiorita bocca, fecondissimo Zefiro d'Amore: et, se io hò sparso tante ruggiade da gli occhi miei sopra la tua immagine nel mio petto bella dipinta, ben si conviene, che tù anco mi sia cortese di quelle aure soavi, che sogliono dar anima, e senso alle cose prive dell'uno, e dell'altro; ma (ohime) perche chiamo io aure quella fiamme, che, cangiato il natural costume di far sterili le cose, sono cagioni di copiosa fecondità nell'animo mio? Non dirò nò, che gli accesi lampi della tua bellezza siano mobili fiati de'venti; perche questi sono prodotti ignobilissimi da i vapori della roza terra, e quelli hanno origine dal puro ardor del Sole invisibile, e chiaro. A te dunque, celeste lampo di Dio, che ti fai vedere nel cielo del suo volto, e che hai per tuono un soave concerto dell'harmonia

celeste, à te dedico, e consacro questa mia difesa, e à te come mio
celeste obietto consacro tutte le fatiche, e pensieri miei più belli.

IL FINE⁴

⁴ Stampato in Treuigi, per Domenico Amici. Con licenza de' Superiori, 1593.